

REDIMIR EL TIEMPO



OSVALDO REBOLLEDA

REDIMIR EL TIEMPO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
El tiempo como gracia Divina.....	10
Capítulo dos:	
El sistema que roba el tiempo.....	23
Capítulo tres:	
Tiempo y Propósito.....	37
Capítulo cuatro:	
Administración del Tiempo.....	53
Capítulo cinco:	
Tiempos de espera Tiempos de acción.....	65
Capítulo seis:	
Rompiendo la cultura de la prisa y el afán.....	79

Capítulo siete:
El reloj eterno del Reino.....91

Epílogo.....103

Reconocimientos.....112

Sobre el autor.....114



INTRODUCCIÓN

***“¡Y ni siquiera saben lo que mañana será de su vida!
Ustedes son como una neblina que aparece por un
momento y en seguida desaparece...”***

Santiago 4:14 (DHH)

El tiempo es uno de los grandes misterios que envuelven la existencia humana. No podemos verlo ni tocarlo, pero lo sentimos pasar como un río imparable que jamás se detiene. Lo medimos con relojes, lo organizamos en calendarios, lo programamos en agendas, pero nunca podemos retenerlo ni hacer que vuelva atrás. El tiempo, con su paso constante, nos recuerda que somos criaturas finitas viviendo bajo la sombra de la eternidad.

En los días de mi juventud, tal vez este tema no habría sido importante para mí. Sin embargo, todos tenemos un reloj biológico que parece tomar conciencia de que tenemos menos tiempo por delante. No sabemos cuánto más: pueden ser horas, días o años. Aun así, tengo en claro que una persona de ochenta años vive algo más de cuatro mil semanas; yo ya he gastado más de tres mil, y no sé cuantas me quedan.

Obviamente, esto sería terrible de sobrellevar si no fuera por la eternidad que habita en mi corazón y en el

corazón de todo redimido. En Cristo somos eternos, y Dios nos dará un cuerpo glorificado. Sin embargo, en este libro deseo enfocarme en la posibilidad que tenemos de habitar eficientemente este barro temporal, a la vez que manifestamos el tesoro eterno que portamos.

La Escritura, al abrirnos los ojos al plan de Dios, nos muestra que el tiempo no es un accidente ni un enemigo, sino una creación divina: un escenario donde el propósito eterno de Dios se despliega. El primer capítulo de Génesis nos presenta a un Dios que organiza la historia en días, marcando ritmos de luz y de oscuridad, de labor y de descanso. Desde el inicio, el tiempo quedó establecido en la creación como un regalo, un orden que nos permite vivir y avanzar hacia la plenitud.

Pero, paradójicamente, el mismo don del tiempo se convirtió, después de la caída, en una carga pesada. El pecado introdujo la ansiedad, la vanidad y el afán en la administración de los días. Desde entonces, el hombre ha sentido que el tiempo le falta, que la vida se le escapa entre los dedos como arena fina.

Se afana por alcanzarlo, pero siempre parece llegar tarde. Esta es la gran contradicción de nuestra era: cuantos más recursos tecnológicos tenemos para “ahorrar tiempo”, más esclavos nos hacemos de la prisa y de la falta de reposo.

Vivimos en una sociedad que idolatra la velocidad. Todo debe ser inmediato: la comunicación, el transporte y el

acceso a la información. Pero en esta carrera frenética, el alma humana se fatiga, la mente se dispersa y el corazón se vacía.

El sistema cultural de hoy nos ha convencido de que la vida consiste en “hacer más” en menos tiempo, cuando en realidad lo que necesitamos no es hacer más, sino vivir con mayor sentido. El tiempo sin propósito se convierte en un verdugo implacable; pero el tiempo redimido se transforma en un aliado del plan eterno de Dios.

Creo que uno de los desafíos más importantes que debemos enfrentar los cristianos en el siglo XXI es la correcta administración del tiempo. Mientras el mundo corre sin rumbo en una vorágine de ocupaciones, el pueblo de Dios está llamado a vivir un ritmo diferente: el ritmo del Reino.

Jesús mismo nos mostró que es posible vivir ocupado sin ser esclavo de la prisa. Él tenía multitudes que lo buscaban, enfermos que necesitaban su toque, discípulos que demandaban su enseñanza; pero nunca lo vemos ansioso, nunca lo vemos diciendo “no tengo tiempo”. Su vida estaba marcada por la comunión con el Padre, por la claridad de su misión y por la obediencia a la agenda celestial.

En contraste, nosotros solemos vivir atrapados por agendas terrenales, por compromisos que nos roban la intimidad con Dios y la efectividad en el ministerio. Decimos que no tenemos tiempo para orar, para leer la Palabra, para servir, para estar con la familia; y al final descubrimos que sí

tuvimos tiempo, pero lo invertimos en lo que no tenía peso eterno. Este es el drama que nos toca enfrentar: no falta tiempo, falta dirección.

Por eso este libro se titula “Redimir el tiempo”. Porque no se trata de “estirar las horas del día”, sino de rescatar el tiempo de las garras del sistema y devolverlo a su propósito divino. El cristiano redimido debe aprender también a madurar redimiendo el tiempo. Es decir, no solo ser salvo de la condenación eterna, sino también de la esclavitud de un sistema que vive corriendo hacia ninguna parte.

Este libro nace con la convicción de que los cristianos debemos ser contraculturales en nuestra relación con el tiempo. Mientras el mundo se queja diciendo “no tengo tiempo”, nosotros debemos proclamar: “todo mi tiempo pertenece al Señor”. Y en esa entrega encontraremos no menos productividad, sino más fruto; no más ansiedad, sino más paz; no más dispersión, sino más propósito.

La meta de estas páginas no es ofrecer un manual de técnicas de administración del tiempo, sino abrir un horizonte espiritual donde comprendamos que el tiempo redimido es una expresión de la gracia de Dios en nosotros. La verdadera eficiencia no consiste en llenar nuestras agendas, sino en vaciarlas de lo inútil para que el Reino tenga el primer lugar.

Al adentrarnos en esta enseñanza, el lector descubrirá que la buena utilización del tiempo no es un asunto secundario, sino central en la vida cristiana. Administrar el

tiempo es administrar la vida. Y como redimidos, no estamos llamados a vivir de acuerdo con la tiranía de la urgencia, sino bajo la soberanía de Aquel que es Señor del tiempo y de la eternidad.

Así pues, los invito a caminar conmigo en este recorrido. Juntos exploraremos el sentido bíblico del tiempo y de la eternidad, las trampas culturales que lo distorsionan y las llaves espirituales para redimirlo. No se trata de un viaje filosófico ni meramente práctico, sino profundamente espiritual: aprender a vivir nuestros días como anticipos de la eternidad, y cada momento como un altar donde Dios es glorificado.

Porque redimir el tiempo es, en última instancia, redimir la vida...

“Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.”

Colosenses 4:5 y 6



Capítulo uno

EL TIEMPO COMO GRACIA DIVINA

“Dios hizo todo hermoso en su momento, y puso en la mente humana el sentido del tiempo, aun cuando el hombre no alcanza a comprender la obra que Dios realiza de principio a fin.”

Eclesiastés 3:11 (NVI)

El tiempo es uno de los misterios más profundos de la existencia. Todos vivimos dentro de él, lo medimos con relojes y calendarios, lo percibimos en el ciclo de las estaciones y en el ritmo incesante de nuestro propio cuerpo, pero ninguno es capaz de detenerlo ni de retrocederlo.

El tiempo avanza como un río incontenible que se lleva consigo los días de nuestra vida, nuestras alegrías, nuestros proyectos y aun nuestras lágrimas. El sabio de Eclesiastés afirma que Dios puso en la mente humana el sentido del tiempo, pero que el hombre no alcanza a comprender en su plenitud la obra divina que se desarrolla en ese transcurrir que a menudo nos parece misterioso.

La Biblia nos revela que el tiempo no es un accidente ni una mera dimensión de la física, sino una realidad creada por Dios mismo. Antes de que existieran el sol y la luna para marcar el día y la noche, ya estaba en la mente eterna del Señor la idea del tiempo.

El relato de la creación lo declara con sencillez: ***“Y fue la tarde y la mañana: un día” (Génesis 1:5)***. Desde el inicio, el tiempo no fue un invento humano para organizar su rutina, sino una estructura establecida por el Creador para ordenar la vida de todas sus criaturas.

Afirmar que Dios es el Creador del tiempo tiene un peso inmenso. El tiempo no es absoluto ni autónomo, como muchos filósofos lo imaginaron, sino que depende de la voluntad del Señor. Nosotros, que vivimos limitados por la finitud, experimentamos el tiempo como una sucesión irreversible de instantes que no vuelven jamás.

Para Dios, que es eterno, todo está presente. Él es el Alfa y la Omega, principio y fin, el que abarca el inicio y la consumación de la historia sin estar atrapado en el correr de las horas. Mientras nosotros vivimos conscientes de que nuestros días se acortan, Él permanece soberano sobre el tiempo, sin desgaste ni deterioro, pues habita en la eternidad.

Este contraste nos enseña algo esencial: si el tiempo es un regalo divino, no puede vivirse con indiferencia ni desperdiciarse en lo banal. El salmista lo comprendió cuando oró: ***“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que***

traigamos al corazón sabiduría” (Salmo 90:12). La conciencia de que nuestros días están contados es una fuente de sabiduría espiritual, porque nos libra de la ilusión de creer que somos dueños del mañana. Solo aquel que sabe que el tiempo se le escapa entre los dedos aprende a vivir con propósito, gratitud y temor de Dios.

Pero además de ser creación divina, el tiempo es también un don. Cada día que recibimos no es fruto de la casualidad, sino extensión de la gracia de Dios. El profeta Jeremías lo expresó con palabras que aún nos conmueven:

“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana.”

Lamentaciones 3:22-23

Cada amanecer es un recordatorio de que Dios ha decidido concedernos una nueva oportunidad para crecer, servir, amar y glorificarle. Si pensamos en el tiempo como regalo, nuestra manera de vivir cambia radicalmente. Ya no lo vemos como un enemigo que se escapa, ni como un recurso que gastamos sin cuidado, sino como un tesoro que debe ser administrado.

Cada jornada que comienza es semejante a un talento precioso que el Señor nos confía. Podemos invertirlo con sabiduría en aquello que edifica, o desperdiciarlo en cosas efímeras que no dejan huella en la eternidad. En este sentido, el tiempo se convierte en el espacio de nuestra santificación,

el escenario donde la gracia de Dios nos transforma y nos conduce a la semejanza de Cristo.

Pablo lo entendió con claridad cuando escribió: *“Así que, hermanos, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”* (2 **Corintios 7:1**). La santidad no se construye en un instante, sino en el transcurrir de los días, en la manera en que vamos usando, minuto tras minuto, el regalo del tiempo.

Esto nos obliga a una reflexión sincera: ¿Cómo estamos recibiendo el tiempo que Dios nos concede? ¿Lo vivimos como si fuera algo seguro, como si tuviéramos garantizado un mañana, o lo abrazamos como un don que podría no repetirse? ¿Es un tesoro para nosotros o simplemente lo estamos dilapidando?

La Escritura nos advierte con firmeza: *“No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día”* (**Proverbios 27:1**). Nada es más necio que vivir como si el tiempo nos perteneciera. Nada es más sabio que reconocerlo como lo que es: un préstamo divino y limitado que debemos administrar con responsabilidad.

Cada latido de nuestro corazón es gracia. Cada amanecer que vemos es misericordia renovada. No somos dueños del tiempo, sino mayordomos que un día rendiremos cuentas al Señor de cómo lo hemos empleado (**2 Corintios 5:10**). Allí está la clave de nuestra actitud: no vivir en la

soberbia de quienes creen dominar el reloj, sino en la humildad de quienes saben que cada instante es un regalo del cielo.

Si el tiempo es un regalo divino, también es cierto que no todos los momentos tienen el mismo peso en la eternidad. La Escritura nos habla de dos dimensiones del tiempo que es necesario comprender para vivir con sabiduría: el “kronos” y el “kairos”.

El primero se refiere al tiempo cronológico, a la sucesión de días, semanas y años en los que transcurre nuestra existencia. Es el tiempo del calendario, el que marcan los relojes y que a menudo sentimos que se nos escapa como arena entre los dedos.

Pero el segundo, el kairos, designa el tiempo oportuno, el momento señalado por Dios en el que se abren ventanas de gracia: oportunidades irrepetibles que tienen un significado eterno. El creyente que aprende a discernir el kairos en medio del kronos descubre que la vida no es un cúmulo de horas vacías, sino un tejido sagrado donde Dios interviene con propósito.

El apóstol Pablo exhortó a la iglesia de Éfeso diciendo: ***“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”*** (Efesios 5:15 y 16). Esta advertencia no era meramente filosófica, sino profundamente práctica. Pablo no habla de aprovechar el tiempo en el sentido superficial de

llenar la agenda de actividades, sino de vivir con discernimiento, reconociendo los momentos que el Señor coloca en nuestro camino para obedecerle y dar fruto. Andar como sabios implica percibir cuándo estamos ante un kairos divino, un instante que no se repetirá y que puede ser decisivo para nuestra fe o para la vida de otros.

Esta distinción entre kronos y kairos nos revela algo profundo: mientras el kronos se nos escapa sin que podamos detenerlo, el kairos se nos entrega como una oportunidad que debemos abrazar.

Ambos son parte del mismo regalo divino, pero no todos lo reciben con igual gratitud. El necio se entretiene en el kronos y se pierde el kairos; el sabio, en cambio, reconoce que cada hora ordinaria puede esconder un momento extraordinario de Dios.

Es posible pasar toda una vida en el fluir incesante del tiempo cronológico sin haber respondido nunca a un llamado divino, sin haber atendido la voz que nos invitaba a una obediencia radical en un instante preciso y determinante.

En nuestra realidad cotidiana solemos llenar los días con compromisos, preocupaciones y rutinas, como si el valor del tiempo residiera en la cantidad de cosas realizadas. Pero la perspectiva bíblica nos confronta: no es la multitud de actividades lo que define el buen uso del tiempo, sino la sensibilidad espiritual para discernir qué quiere Dios de nosotros en cada momento. Un solo instante de obediencia a

la voz del Espíritu puede tener más peso eterno que años enteros vividos en la distracción o en la indiferencia.

Por eso Pablo nos llama a andar con diligencia, con cuidado, como quien camina en un terreno peligroso. **“Los días son malos”**, dice, porque el tiempo presente está marcado por el pecado, la corrupción y la tentación de distraernos en lo vano.

El enemigo sabe que no puede detener el kairós de Dios, pero intentará mantenernos ocupados y distraídos para que pase desapercibido. Cuántos creyentes pierden oportunidades de servir, de reconciliarse, de compartir el evangelio, simplemente porque no supieron reconocer que aquel instante era un kairós, un tiempo de gracia preparado por el Señor.

Mirar la vida desde esta perspectiva nos obliga a vivir atentos. El sabio no deja que su kairós sea robado por lo inútil, sino que lo somete al gobierno de Dios para que cada día esté abierto a la irrupción del kairós. No sabemos cuándo el Señor tocará a la puerta de nuestro corazón con un llamado específico, ni en qué momento nos pondrá delante la oportunidad de sembrar eternidad en otra vida. Pero sí sabemos que, si no estamos despiertos, vigilantes y obedientes, ese instante puede pasar sin que lo hayamos reconocido.

El tiempo como don divino se convierte entonces en un campo de batalla espiritual. No se trata solo de organizar

mejor la agenda, sino de abrir los ojos espirituales para ver lo que el Señor quiere hacer hoy, en este preciso instante.

Cada momento puede ser un lugar de encuentro con Él, una cita divina que nos transforme o nos impulse a transformar. La vida cristiana es mucho más que sobrevivir en el kronos; es aprender a redimir el tiempo, como Pablo lo expresa, rescatando cada oportunidad del dominio de la banalidad para ponerla al servicio del Reino de Dios.

Y así, cada día se nos presenta como una doble realidad: por un lado, el kronos que corre con su peso incesante, y por otro, el kairos que se abre como puerta de gracia. El creyente que vive atento, en oración y en dependencia del Espíritu Santo, sabrá distinguir entre ambas y aprenderá a no dejar pasar en vano los momentos que Dios ha dispuesto para su gloria.

Si comprendemos que el tiempo no nos pertenece, sino que nos es confiado, también debemos entender que un día daremos cuentas de él. La Escritura presenta esta verdad con la figura de la mayordomía: somos administradores, no dueños. Jesús lo ilustró con la parábola de los talentos, cuando un rey, al marcharse de viaje, entregó a sus siervos una medida de recursos para que los invirtieran en su ausencia. A uno dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, conforme a su capacidad. Al regresar, el señor llamó a cada siervo a rendir cuentas de lo que había hecho con lo recibido.

De la misma manera, cada jornada que el Señor nos concede es un talento que se nos pone en las manos. No todos reciben la misma cantidad de días, ni los mismos recursos o circunstancias, pero todos somos responsables de lo que hacemos con el tiempo entregado. Algunos multiplican ese talento en servicio, en amor y en obediencia, y al final oyen la voz del Señor que dice: ***“Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”***. Otros, en cambio, entierran el tiempo en la indiferencia, lo desperdician en lo trivial, lo consumen en egoísmo y terminan enfrentando la reprensión del dueño que les confió su vida.

La parábola nos confronta con una realidad ineludible: no habrá excusa válida para quien desperdició el tiempo que Dios le dio. El siervo que escondió su talento justificó su negligencia con temores y excusas, pero el señor no las aceptó. De igual manera, muchos hoy se excusan diciendo que no tienen tiempo suficiente, que están demasiado ocupados, que sus circunstancias son difíciles, como si eso les eximiera de la responsabilidad de redimir el tiempo para el Reino. Sin embargo, no se nos pedirá cuentas de lo que no tuvimos, sino de lo que se nos confió.

Aquí radica la urgencia de comprender que cada día es un préstamo que, tarde o temprano, deberemos devolver. Los minutos que hoy se nos escapan no regresarán jamás, y si no los invertimos para el propósito de Dios, habrán quedado irremediablemente perdidos. El sabio no espera a tener condiciones ideales para servir, porque sabe que el mejor

momento siempre es el presente, y que cada instante puede ser redimido si se pone en las manos del Señor.

Cuando miramos el tiempo como mayordomía, aprendemos a priorizar. No todo lo que ocupa nuestras horas tiene el mismo valor, y muchas veces malgastamos lo más precioso en lo que no deja fruto. Isaías levantó su voz para preguntar: ***“¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?” (Isaías 55:2).***

Esa misma pregunta podría hacerse sobre nuestro tiempo: ¿en qué lo invertimos? ¿Lo volcamos en aquello que alimenta el alma, que edifica la fe, que bendice a otros, o lo enterramos en ocupaciones que carecen de trascendencia?

Vivir como mayordomos del tiempo implica reconocer que lo que hacemos cada día tiene repercusiones eternas. Un gesto de amor, una palabra de aliento, una oración elevada en secreto, un acto de obediencia en lo oculto: todo ello se convierte en inversión que el Señor valorará en su tribunal. No se trata de una espiritualidad obsesiva que nos impida descansar o disfrutar, sino de una conciencia constante de que el tiempo es sagrado, y de que incluso lo cotidiano puede ser ofrecido como acto de adoración si se vive en la presencia de Dios.

Este entendimiento nos conduce a la exhortación final de este capítulo: no podemos seguir viviendo como si el tiempo fuera nuestro, como si siempre tuviéramos un mañana garantizado. Cada amanecer es un talento confiado, y cada

noche es un recordatorio de que ese talento ya fue usado y no volverá. No podemos cambiar el pasado, pero sí podemos decidir cómo vivir el presente. El hoy es el altar donde se decide nuestro destino eterno, y el mañana pertenece solo a Dios.

De allí surge la oración del corazón sabio: *“Señor, enséñanos a redimir el tiempo. Haznos sensibles a Tu kairos en medio de nuestro kronos. No permitas que enterremos nuestros días en la rutina, sino que podamos invertirlos en el Reino, para que cuando nos llames a rendir cuentas, podamos presentarnos con gozo y no con vergüenza...”*

Quien vive con esta conciencia no se deja arrastrar por la ansiedad de la prisa ni por la indiferencia de la apatía, sino que aprende a caminar con serenidad, con diligencia y con propósito, sabiendo que cada día es un regalo divino y una oportunidad irrepetible de glorificar a su Señor.

El tiempo, con sus horas que se escurren silenciosas y sus días que pasan como sombra, no es un enemigo que deba atemorizarnos ni un tirano al que estemos sujetos sin esperanza. Es, en realidad, un regalo que descende de la mano generosa de Dios, una dádiva que nos recuerda tanto nuestra fragilidad como su eterna fidelidad.

Cada amanecer que contemplamos es misericordia renovada, cada respiración es gracia, cada instante es una chispa de eternidad encendida en el corazón humano. Y, sin embargo, este don precioso exige de nosotros una respuesta:

no vivirlo con descuido, sino con sabiduría; no gastarlo en lo que perece, sino invertirlo en aquello que permanece para siempre.

El sabio no se jacta de lo que hará mañana, porque sabe que el mañana pertenece al Señor, pero vive su presente con reverencia, atento a las oportunidades que el Espíritu abre en medio del fluir del tiempo, redimiendo cada momento para la gloria de Dios. Así aprende a distinguir en el kronos ordinario los kairos extraordinarios que marcan el rumbo de su vida y de la historia. El necio, en cambio, entierra su tiempo como el siervo perezoso, y cuando llegue el día de rendir cuentas, comprenderá que nada ha guardado en su haber eterno.

Por eso, la exhortación es clara: despertemos del letargo y asumamos el llamado de administrar fielmente cada día que el Señor nos entrega. No hay horas sin valor en las manos de Dios, ni días insignificantes cuando se viven en su presencia. Todo minuto puede convertirse en semilla de eternidad si lo ofrecemos en obediencia, amor, servicio y fe. El tiempo redimido no es aquel que corre más rápido, ni el que produce más logros humanos, sino aquel que se somete al propósito de Dios y se convierte en espacio de su gloria.

Al cerrar este primer capítulo, quedamos invitados a mirar el reloj de nuestra vida con nuevos ojos. No como quienes temen su avance, ni como quienes lo desperdician, sino como quienes reconocen que el tiempo es sagrado porque ha sido creado, sostenido y confiado por Dios. Cada día es un altar, cada instante es un llamado, cada oportunidad

es un tesoro. Y aquel que aprende a vivir de esta manera habrá encontrado la clave de una existencia plena: vivir el tiempo como un regalo divino y redimirlo para la eternidad.

“Porque ustedes antes eran oscuridad, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de luz.”

Efesios 5:8



Capítulo dos

EL SISTEMA QUE ROBA EL TIEMPO

*“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que
traigamos al corazón sabiduría”*

Salmos 90:12

El tiempo es el recurso más valioso que poseemos los seres humanos. No se acumula, no se repite, no se renueva: cada segundo que pasa es un instante de vida que jamás volverá. La Biblia nos muestra que el tiempo pertenece a Dios y que nuestra existencia en la tierra es un peregrinaje breve, enmarcado dentro de la eternidad.

Reitero este versículo del **Salmo 90** porque en estas palabras se revela que administrar el tiempo no es solamente un asunto de organización personal, sino un acto espiritual que refleja sabiduría celestial. Sin embargo, vivimos inmersos en un sistema que opera para distorsionar esta perspectiva.

El sistema humanista, que ha desplazado a Dios del centro de la vida y ha puesto al hombre como medida de todas las cosas, es en realidad el gran ladrón del tiempo. Bajo la apariencia de progreso, autonomía y modernidad, este sistema ofrece caminos que, en lugar de acercarnos a la plenitud, nos conducen a la dispersión y a la pérdida del recurso más precioso, porque sin que podamos percibirlo, nos va llevando a invertir nuestra vida en cosas vanas.

El humanismo secular, al no reconocer la soberanía de Dios, ha diseñado una cultura que vive sin referencia a lo eterno. Para el hombre moderno, el tiempo es solo una dimensión que debe explotarse en función de logros materiales y proyectos individuales.

El calendario se llena de citas, la agenda se sobrecarga de tareas y la prisa se convierte en el nuevo estilo de vida. Paradójicamente, en la búsqueda por aprovechar cada minuto, se termina perdiendo la esencia misma de la existencia: el encuentro con Dios y el propósito eterno de la vida.

La cultura actual ha perfeccionado el arte de la distracción. Si en tiempos antiguos los hombres se perdían en guerras o en ambiciones políticas, hoy se pierden en pantallas luminosas, en entretenimientos fugaces, en interminables notificaciones que reclaman atención.

El tiempo de oración se sustituye por el tiempo de desplazarse por redes sociales; la lectura de la Palabra queda

relegada a un rincón olvidado porque las “urgencias” del día parecen más apremiantes. Así, sin darnos cuenta, entregamos minutos, horas y días al sistema que, como un devorador silencioso, nos roba la vida.

Y lo más irónico es que todo avance humano parece orientado a “ahorrar tiempo”. La ciencia y la tecnología prometen agilizar nuestra vida: tenemos electrodomésticos que facilitan las tareas, transportes veloces, comunicaciones instantáneas. El hombre moderno posee más recursos que ninguna generación anterior para organizar su existencia y “ganar tiempo”, sin embargo, lo estamos perdiendo como nunca antes.

La realidad es que nunca hubo tantas quejas de cansancio y estrés, nunca se escuchó tanto la frase “no tengo tiempo”. El progreso, en lugar de liberarnos, nos ha encadenado a un ritmo inhumano. La tecnología que debía servirnos ahora nos domina, y el reloj, que debía ayudarnos a organizar los días, se ha convertido en un tirano que nos persigue sin descanso.

Vivimos en un mundo que idolatra la productividad y la eficiencia, pero sacrifica en el altar de esa idolatría lo más sagrado: la vida misma. Lo que parecía ser una liberación se ha transformado en un nuevo tipo de esclavitud. Y aquí descubrimos la gran paradoja del tiempo en la modernidad: corremos detrás de logros y metas que, supuestamente, nos darán más libertad, pero en realidad nos roban la capacidad

de disfrutar el presente, de detenernos, de contemplar a Dios y de amar con calma.

La Escritura ya advertía sobre esto. Jesús, en su enseñanza sobre la vida, nos mostró que la ansiedad por el mañana puede ahogar el corazón: *“No os afanéis, pues, por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán”* (**Mateo 6:34**). El afán es un ladrón del tiempo porque nos arrastra a vivir en lo que todavía no ha llegado, mientras perdemos el instante santo del presente. En un mundo que corre sin detenerse, la exhortación del Maestro es clara: buscar primero el Reino de Dios y su justicia, y confiar en que todo lo demás vendrá como añadidura (**Mateo 6:33**).

El sistema humanista nos ofrece mil caminos para llenar nuestras horas, pero ninguno que realmente sacie el alma. Nos distrae con promesas de éxito, de bienestar económico, de experiencias placenteras, de entretenimiento sin fin. Pero el precio es alto: días enteros consumidos en lo secundario, mientras lo esencial queda postergado.

No es casualidad que Jesús, en la parábola del sembrador, hablara de la semilla que es ahogada por los afanes de este siglo y el engaño de las riquezas (**Marcos 4:19**). El afán y el engaño son ladrones de tiempo espiritual: ocupan el corazón en asuntos pasajeros y no dejan espacio para lo eterno.

El creyente debe discernir esta batalla. No se trata solamente de “aprovechar mejor el tiempo” como lo diría un

manual de productividad, sino de redimir el tiempo, como exhorta el apóstol Pablo, diciéndonos que andemos como sabios, aprovechando bien el tiempo (**Efesios 5:15 y 16**). Redimir el tiempo es rescatarlo del dominio del sistema, arrebatárselo a las tinieblas que intentan consumirlo, y dedicarlo al Reino de Dios.

Este es el llamado urgente de nuestra generación: entender que la lucha por el tiempo es una lucha espiritual. No se trata de tener relojes más exactos o agendas más organizadas, sino de reconocer que todo minuto que no es entregado a Dios corre el riesgo de ser devorado por un sistema que busca alejarnos de lo eterno. La verdadera libertad no está en controlar cada segundo, sino en rendir cada segundo a los pies de Cristo.

Uno de los engaños más sutiles de este sistema es hacernos creer que el tiempo se nos escapa por causas externas, cuando en realidad son las prioridades internas las que determinan en qué lo invertimos. El tiempo no desaparece: se gasta, se invierte, se siembra o se desperdicia.

Lo cierto es que todos, ricos o pobres, jóvenes o ancianos, disponemos del mismo capital diario: veinticuatro horas. Sin embargo, no todos usamos ese capital de la misma manera. El sistema de este mundo se ha perfeccionado en sembrar ilusiones que nos desvían de lo esencial, hasta el punto de que muchos confiesen con resignación: “No tengo tiempo”. Pero esa frase es, en el fondo, un diagnóstico

espiritual: significa que el corazón se ha llenado de urgencias secundarias y ha desplazado lo eterno.

El afán por el dinero es uno de los mayores devoradores de tiempo en la cultura contemporánea. La búsqueda insaciable de recursos económicos no responde solamente a la necesidad de sustento, sino al deseo de seguridad, prestigio y poder. El trabajo, que según el diseño de Dios debía ser una bendición, se ha convertido en un ídolo que demanda sacrificios desmedidos.

Jornadas interminables, desvelo, estrés y ausencia en la vida familiar son algunos de los tributos que se pagan en el altar de Mamón. Jesús advirtió claramente: ***“No podéis servir a Dios y a las riquezas”*** (Mateo 6:24). Quien consagra sus horas al dios dinero termina esclavizado por él, perdiendo tiempo que jamás volverá y que debería haber sido consagrado al Señor.

Junto con el afán por el dinero aparece la idolatría de la comodidad. Vivimos en una época que adora el confort, que considera cualquier esfuerzo o sacrificio como un mal a evitar. Todo se diseña para hacernos la vida “más fácil”: desde los dispositivos electrónicos que anticipan nuestras necesidades, hasta los servicios que reducen cualquier actividad al mínimo. Pero lo que parece ser comodidad termina siendo estancamiento.

En lugar de liberar tiempo para lo importante, la comodidad genera pasividad, nos adormece y nos roba la

disposición para invertirnos en lo eterno. La comodidad es una trampa invisible: bajo su apariencia de bienestar, anestesia el alma y nos vuelve incapaces de escuchar la voz de Dios en medio de la urgencia del mundo.

El entretenimiento excesivo es otra de las cadenas modernas. Nunca antes en la historia de la humanidad hubo tantas opciones para distraerse. Las plataformas digitales ofrecen miles de series y películas, los videojuegos capturan horas de atención, y las redes sociales se alimentan de un desplazamiento interminable de contenido.

El entretenimiento en sí mismo no es malo; incluso Dios diseñó la capacidad de disfrutar, de descansar y de gozar con lo bello. El problema surge cuando la distracción se transforma en adicción y cuando el ocio desplaza al propósito. Horas valiosas se pierden en actividades que no edifican y que muchas veces generan vacío y culpa. El sistema ofrece entretenimiento como un refugio contra la ansiedad, pero lo que produce es mayor dispersión y vacío espiritual.

A esto se suma el consumismo, que nos roba no solo dinero, sino también tiempo. El mercado ha hecho de la vida un ciclo interminable de adquisición: siempre hay un producto nuevo que promete hacernos más felices, un dispositivo más moderno que “ahorrrará tiempo”, un artículo indispensable que supuestamente mejorará nuestra calidad de vida.

Pero detrás de cada adquisición hay tiempo invertido en buscar, comparar, comprar, pagar, mantener y reemplazar. El consumismo nos hace esclavos de cosas que pronto se vuelven obsoletas y que jamás llenan el vacío del corazón.

Otro enemigo feroz del tiempo es la falsa jerarquía de prioridades. Cuando lo urgente suplanta a lo importante, cuando lo inmediato desaloja a lo eterno, la vida pierde su norte. Muchos cristianos, sin darse cuenta, ordenan sus días alrededor de actividades secundarias: el trabajo, los estudios, los compromisos sociales, los proyectos personales, y si queda algún espacio, entonces se acuerdan de Dios.

Pero el Evangelio nunca presenta al Señor como una “opción” dentro de nuestras prioridades, sino como el centro desde el cual todas las demás cosas encuentran su lugar. Jesús no dijo: “Si os queda tiempo, buscad el Reino de Dios”, sino: ***“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia”*** (Mateo 6:33). El tiempo no alcanza cuando el orden es incorrecto; alcanza cuando lo eterno ocupa el primer lugar.

La cultura moderna también nos esclaviza bajo la ilusión de la prisa. Se ha instalado la creencia de que estar ocupado es sinónimo de ser productivo, y que correr de una actividad a otra nos hace más valiosos. La prisa se ha convertido en el nuevo estatus de éxito: quien no tiene tiempo parece importante. Pero la realidad es que la prisa es enemiga de la profundidad espiritual.

La prisa no nos permite escuchar, contemplar, meditar ni orar. La prisa convierte la vida en una carrera agotadora hacia ninguna parte. Y aquí aparece un contraste radical con el carácter de Dios: Él nunca tiene prisa. Jesús, aun con multitudes que lo presionaban, sabía detenerse para orar, para escuchar, para descansar, para estar con el Padre. La prisa no es una virtud, es una esclavitud moderna que nos roba lo más sagrado: la capacidad de caminar con Dios al ritmo de Su Espíritu.

En este contexto, la frase “no tengo tiempo” se convierte en una de las mentiras más comunes y devastadoras de nuestra época. No tener tiempo equivale a no tener vida, porque la vida no es otra cosa que tiempo concedido por Dios. El enemigo sabe que si logra robarnos la conciencia de este regalo, nos mantendrá atrapados en una espiral interminable de ocupaciones, sin espacio para lo que realmente importa.

La Escritura nos enseña que la vida del hombre es como neblina que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece (**Santiago 4:14**). Ignorar esto es vivir como necios; recordarlo es comenzar a vivir como sabios.

La prisa, el afán, la comodidad, el entretenimiento desmedido y el consumismo no son meros problemas sociales: son estrategias espirituales que buscan debilitar la vida cristiana. Son los tentáculos de un sistema que, en última instancia, pretende alejarnos de Dios y de su Reino. Por eso, discernir estas tendencias no es opcional para la Iglesia; es

una necesidad urgente. Quien no reconoce a estos ladrones de tiempo corre el riesgo de vivir atrapado en sus redes, gastando sus días en lo pasajero mientras lo eterno permanece desatendido.

El mayor mal que produce el sistema que roba el tiempo no es simplemente la falta de descanso, ni la sobrecarga de tareas, ni siquiera el cansancio emocional que padecen millones. El verdadero mal es no tener tiempo para Dios. Cuando el alma no se detiene a buscar a su Creador, se seca lentamente, aunque aparente estar activa.

El enemigo no necesita hacer que el cristiano niegue su fe; le basta con que no tenga tiempo para orar, meditar en la Palabra, congregarse o servir con gozo. La sequedad espiritual no llega de golpe; se infiltra poco a poco en agendas saturadas y corazones distraídos.

Lo triste es que muchos creyentes no son conscientes de este peligro. Dan al Señor lo que les sobra, si acaso queda un resquicio de tiempo después de haber corrido todo el día tras otras prioridades. Oran rápido, leen la Biblia superficialmente, sirven solo cuando no interfiere con sus planes. Y en el fondo, piensan que con “cumplir” ya han honrado a Dios.

Pero, ¿cómo puede llamarse adoración genuina algo que se le ofrece al Creador como lo último, lo sobrante, lo mínimo? El Dios de la eternidad merece lo primero, lo mejor, lo más valioso de nuestros días. No podemos pretender

honrarlo con migajas de tiempo, cuando Él nos regaló la totalidad de nuestra vida.

La Palabra nos conduce a una escena inolvidable: el encuentro de Jesús en la casa de Marta y María (**Lucas 10:38 al 42**). Allí encontramos dos actitudes frente al tiempo. Marta estaba afanada, corriendo de un lado a otro, ocupada en la atención y en las tareas. María, en cambio, se sentó a los pies de Jesús para escucharle. Ante la queja de Marta, el Señor respondió con palabras que atraviesan los siglos: *“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”*.

Este pasaje no es un llamado a descuidar las responsabilidades, sino una advertencia sobre el peligro de vivir atrapados en lo urgente y perder lo eterno. Marta no estaba haciendo algo malo; estaba sirviendo. Pero aun el servicio puede transformarse en una distracción cuando no está fundamentado en la presencia de Cristo. María entendió lo esencial: que el tiempo invertido a los pies del Maestro nunca es tiempo perdido, sino tiempo redimido, transformado en eternidad.

Aquí se nos revela un principio profundo: lo que damos a Cristo en tiempo no se nos quita jamás; lo que damos al mundo se desvanece. Horas de oración, adoración, meditación en la Palabra y comunión con la Iglesia son tesoros que quedarán como parte de nuestra herencia eterna. En cambio, horas de ansiedad, entretenimiento vacío,

consumismo o prisa se deshacen como humo. Por eso Jesús dijo que María escogió la buena parte, y que esa elección nunca le sería arrebatada.

El llamado, entonces, es a redimir el tiempo. No basta con organizar la agenda; es necesario consagrar la vida entera. Redimir el tiempo significa rescatarlo de las garras del sistema, apartarlo para Dios e invertirlo en aquello que tiene valor eterno. Significa reconocer que cada día es un regalo de gracia y que cada minuto debe ser vivido en el temor del Señor. Significa, también, cortar con lo superfluo, discernir lo innecesario y reordenar las prioridades.

No podemos seguir diciendo que “no tenemos tiempo” mientras nuestras horas se diluyen en lo secundario. No podemos ofrecer a Dios las sobras de nuestra agenda. No podemos vivir como Marta, agitados y turbados, mientras la voz del Maestro nos llama a detenernos a sus pies. La Iglesia necesita hombres y mujeres que aprendan a discernir la buena parte, que vivan contraculturalmente, que en medio de un mundo apresurado decidan caminar al paso del Espíritu Santo.

El tiempo de nuestra vida es demasiado precioso para ser malgastado. No debemos permitir que el sistema humanista, la cultura del afán, la idolatría de la comodidad o el espejismo del entretenimiento nos roben lo eterno. Recordemos que la vida no se mide en actividades, sino en comunión con el Señor.

Cada día que pasa es una oportunidad para sembrar en el Reino. No vivamos atrapados en la prisa; vivamos arraigados en la presencia de Cristo. No seamos administradores de sobras, seamos adoradores que ofrecen lo primero y lo mejor a Dios nuestro Padre.

Al final de los tiempos, no seremos juzgados por la cantidad de cosas que hicimos, sino por la fidelidad con la que invertimos nuestro tiempo en lo eterno. El día que estemos frente al trono de Dios, lo que contará no será cuánto corrimos, sino cuánto amamos. No será solo cuánto produjimos, sino cuánto permanecemos en la presencia y la voluntad del Señor. Ese día entenderemos, con toda plenitud, que redimir el tiempo no era un consejo opcional, sino una orden vital para vivir bajo los parámetros del Reino.

El tiempo es la vida misma hecha instantes. Cada día que pasa es una oportunidad irrepetible de caminar con Dios, de sembrar en su Reino y de preparar el corazón para la eternidad. El sistema del mundo lo sabe, y por eso procura robarlo, desviarlo y consumirlo en lo superfluo. Pero el cristiano que ha sido iluminado por el Espíritu entiende que no puede vivir como esclavo de la prisa ni del afán, sino como hijo de la eternidad.

Reitero: María nos recuerda que solo una cosa es necesaria: estar a los pies del Maestro. Allí el tiempo deja de ser fugaz y se convierte en eternidad; allí lo urgente pierde fuerza y lo eterno se afirma; allí comprendemos que lo único que nunca será quitado es la comunión con Cristo.

La pregunta que este capítulo deja en cada corazón es simple y profunda: ¿a quién estamos entregando el tiempo de nuestra vida? Porque lo que hagamos con nuestro tiempo definirá lo que somos, lo que amamos y lo que heredaremos. Hoy es el día de redimir el tiempo. Hoy es el momento de detener la carrera inútil y volver al paso del Espíritu. Hoy es la oportunidad de escoger la buena parte, y esa elección jamás nos será arrebatada.

“Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará.”

Mateo 16:25



Capítulo tres

TIEMPO Y PROPÓSITO

“Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.”

Romanos 8:28

El tiempo es uno de los dones más preciosos que Dios nos ha entregado, y, sin embargo, pocas veces reflexionamos en él con la seriedad que merece. La vida física, tal como la conocemos en este mundo, no es un ensayo ni un borrador que pueda corregirse en otra ocasión: es una única oportunidad, y lo más solemne es que dicha oportunidad lleva impresa una fecha de vencimiento.

La Escritura nos recuerda que ***“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”*** (Hebreos 9:27). La existencia terrenal, limitada y breve, debe ser entendida a la luz de esta verdad: cada respiración, cada amanecer, cada instante nos acerca al final de nuestro peregrinaje terrenal.

Cuando se comprende que la vida no es eterna en este cuerpo, el valor del tiempo se eleva. No se trata solo de minutos que corren en un reloj, sino de la materia prima con la que construimos el propósito para el cual hemos nacido. Por eso, la cultura que nos invita a “matar el tiempo” nos induce, en realidad, a un suicidio lento, porque el tiempo desperdiciado es vida desperdiciada. Dios no nos ha concedido los días para gastarlos sin rumbo, sino para alinearlos con el diseño eterno de Su voluntad.

El tiempo, entonces, lejos de ser un enemigo que nos desgasta, es un aliado del propósito eterno de Dios. No se trata de temerle al paso de los años, sino de ver en cada temporada un peldaño más en el ascenso hacia la plenitud de aquello para lo cual hemos sido creados. En Eclesiastés, Salomón lo expresa con contundencia:

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.”

Eclesiastés 3:1

El tiempo está impregnado de intención divina; no se nos entrega de manera arbitraria, sino que cada estación trae consigo oportunidades específicas para la obediencia, el crecimiento y la realización en el plan de Dios. Nadie puede ser quitado de esta tierra eludiendo la perfecta voluntad de Dios. Cuando alguien ha determinado caminar en su propósito, tiene los días garantizados para su consumación.

Pero aquí surge un dilema que todo creyente debe enfrentar: ¿Estamos invirtiendo el tiempo en el cumplimiento del propósito, o simplemente lo estamos dejando escapar? El llamado personal que Dios coloca sobre cada vida requiere orden en la manera en que usamos el tiempo. Sin disciplina, el llamado se diluye en deseos frustrados y proyectos inconclusos. No basta con saber que Dios tiene un plan; es necesario estructurar la vida de tal modo que cada hora esté subordinada al cumplimiento de ese plan.

No debemos excusarnos diciendo que no tenemos tiempo, porque Dios no compra falsedades. Perdónenme que les dé una opinión personal, pero me indigna un poco cuando algún hermano me dice que no tiene tiempo para leer uno de mis libros, cuando yo, más allá de todas mis actividades y mis viajes, he podido escribir durante años al menos un libro por mes. Esto, a la vez que también leo otros libros, estudio la Palabra, preparo estudios y doy conferencias en muchas ciudades y países diferentes.

Creo que todo depende de cómo utilicemos el tiempo. Estudios recientes indican que las personas utilizan su teléfono móvil mucho más de lo recomendado. El tiempo señalado es significativamente alto, con promedios que oscilan entre cinco y seis horas diarias, y la cifra puede ser mayor en grupos como adolescentes y jóvenes.

Administrar bien el tiempo no significa simplemente ser organizados en una agenda humana, sino discernir qué actividades, relaciones y decisiones responden al propósito

eterno de Dios y cuáles nos desvían de él. El orden en el uso del tiempo no es solo una cuestión de productividad, sino una demostración de fidelidad a nuestro llamado.

Y es aquí donde se revela la profundidad de la palabra “propósito”. Vivir con propósito no es tener un conjunto de metas personales ni un plan de carrera, sino comprender para qué hemos nacido en el corazón de Dios. El propósito responde a la pregunta fundamental que da sentido a la existencia: ¿por qué estoy aquí?

No hay mayor riqueza que saber que nuestra vida encaja en el plan eterno del Creador. Somos tan ricos como nuestro propósito, porque todo lo demás, posesiones, logros, fama, son hojas que el viento se lleva; en cambio, el propósito permanece como la esencia de nuestra misión en la tierra y nos genera recompensas que son eternas.

Ahora bien, debemos desterrar la ilusión de que el propósito hace la vida más fácil. Quien piensa así no ha entendido su naturaleza. El propósito no simplifica la existencia, pero sí la hace productiva y con sentido. Quien vive para un propósito eterno no necesariamente tendrá menos luchas, pero tendrá dirección en medio de ellas. El dolor y el sacrificio no se eliminan, pero adquieren un nuevo significado cuando se ofrecen en el altar del plan de Dios. Lo que otros ven como pérdida, el hombre y la mujer de propósito lo entienden como inversión.

Por eso, el propósito de Dios es la clave de nuestra verdadera realización. No se trata de cumplir sueños personales ni de alcanzar estándares culturales de éxito, sino de hallar gozo en la obediencia a lo que Dios determinó para nosotros desde antes de la fundación del mundo. La plenitud no se consigue acumulando logros, sino cumpliendo asignaciones divinas. En otras palabras, no somos verdaderamente realizados hasta que nuestra vida se convierte en una expresión del plan eterno del Padre.

El que se resigna a “matar el tiempo” renuncia a esta plenitud. No es un asesinato contra algo externo, sino un suicidio espiritual y existencial. Cada hora que se malgasta es una oportunidad que no volverá, una semilla que nunca germinará. La vida humana es como un campo: lo que no se siembra a tiempo nunca dará fruto en la cosecha. Así de serio es el asunto del tiempo: perderlo es perdernos.

De ahí que la visión personal no puede morir con nosotros. Si nuestra visión termina en el sepulcro, hemos fracasado, porque el verdadero éxito no es lo que hacemos para nosotros, sino lo que dejamos sembrado para la gloria de Dios en las generaciones futuras.

El patriarca Noé lo comprendió cuando obedeció al mandato de construir un arca. Su visión era tan grande que excedía su propia vida, porque lo que estaba en juego era la preservación de la humanidad. Noé entendió su propósito y trabajó hasta concluir la monumental tarea en el tiempo señalado. Si se hubiera demorado, si hubiera postergado la

obediencia, la historia de la humanidad habría terminado en aquel diluvio. Su ejemplo nos recuerda que el propósito debe cumplirse a tiempo, no cuando nos parezca conveniente.

El patriarca podría haber considerado que invertir su vida edificando algo como el arca no sería una buena inversión. Él podría haber dicho: “No puedo pasarme más de cien años trabajando en algo como eso, mejor me dedico a disfrutar la vida todos esos años y listo...” Qué bueno que el egoísmo no fue parte de su evaluación.

En el mismo espíritu, Abraham nos enseña que nunca es tarde cuando Dios llama con un propósito. A los ojos humanos, su edad avanzada era un límite insuperable; sin embargo, para Dios era el momento preciso. La promesa del hijo llegó cuando los recursos naturales se habían agotado, para que quedara claro que el cumplimiento dependía de la fidelidad divina, no de la fuerza humana. Abraham descubrió que el tiempo no es un obstáculo para Dios, sino un escenario en el cual se manifiesta Su soberanía. Cuando Él llama, la edad, las limitaciones y los fracasos pasados no son excusa; lo único necesario es responder en fe.

En este punto, conviene detenernos a pensar: ¿Cómo estamos utilizando el tiempo que Dios nos ha dado? Hay una diferencia radical entre gastarlo, invertirlo y sembrarlo. Gastar el tiempo es consumirlo en actividades que, aunque puedan entretener o distraer, no dejan fruto alguno.

Invertir el tiempo es utilizarlo en aquello que nos devuelve algún beneficio, ya sea material, emocional o relacional. Pero sembrar el tiempo es aún más elevado: es dedicarlo a lo eterno, a lo que trasciende nuestra propia vida y genera fruto para el Reino de Dios. Solo lo que se siembra en Dios tiene un retorno eterno.

El creyente sabio no se conforma con gastar ni siquiera con invertir el tiempo; su meta es sembrarlo en el terreno fértil del propósito divino. Porque lo que se siembra en obediencia, aunque parezca pequeño, germinará en una cosecha que glorifica a Dios y trasciende a las generaciones.

Uno de los mayores engaños de nuestra generación es creer que siempre habrá tiempo para todo. La cultura posmoderna ha hecho del aplazamiento una forma de vida: “ya lo haré mañana”, “cuando me sienta listo”, “cuando tenga mejores condiciones”. Pero la realidad es que el mañana no nos pertenece. La Biblia declara:

“No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día.”

Proverbios 27:1

Creer que siempre dispondremos de más tiempo es una ilusión que adormece la urgencia del llamado divino. El reloj del cielo no marca la hora de acuerdo con nuestra comodidad, sino con el plan eterno de Dios. Hay momentos que no volverán, oportunidades que pasan solo una vez frente a nosotros.

El tiempo de Dios es una estación precisa, una cita divina, un punto de encuentro entre nuestra obediencia y Su propósito. Ignorar esos momentos es como dejar pasar un tren que jamás regresará. Por eso, la sensibilidad espiritual para discernir los tiempos es tan vital como la fe para obedecerlos.

Si la vida es una oportunidad con fecha de vencimiento, entonces administrar el tiempo se convierte en un acto de mayordomía espiritual. No somos dueños de nuestros días, sino administradores de ellos. Jesús mismo nos enseñó, por medio de parábolas, que a cada siervo se le entrega una porción, sea de talentos, de recursos o de tiempo, y que al final habrá rendición de cuentas. Así como daremos cuenta de nuestras palabras, acciones y pensamientos, también daremos cuenta del tiempo que nos fue confiado.

En este sentido, vivir con propósito es mucho más que tener una dirección general: implica ordenar la vida diaria de acuerdo con esa misión. El desorden en el uso del tiempo no es solo un problema de carácter; es, en última instancia, una forma de infidelidad al llamado. Una vida sin prioridades claras se convierte en un terreno fértil para la dispersión y la esterilidad. El que no sabe a qué fue llamado termina diciendo sí a todo lo que aparece, y al final no logra nada de valor eterno.

Aquí es necesario levantar una advertencia apostólica: muchos creyentes, e incluso ministros, confunden actividad con propósito. Estar ocupado no es lo mismo que estar

enfocado. Se puede vivir la vida corriendo de un compromiso a otro, pero sin construir nada que glorifique a Dios. En cambio, quien vive por propósito puede parecer que hace menos cosas a los ojos humanos, pero lo que hace tiene peso eterno. No se trata de cuántas horas trabajamos, sino de cuán alineadas están esas horas con la voluntad de Dios.

El propósito también redefine nuestra percepción del éxito. El mundo mide el valor de una vida por lo que logra acumular; Dios lo mide por lo que logra cumplir. La diferencia es radical: acumular es orientarse al yo; cumplir es orientarse al plan divino. Un hombre puede acumular riquezas, pero si su visión muere con él, habrá fracasado. Un cristiano con propósito, aunque no deje monumentos ni herencias materiales, puede dejar una huella que inspira y un legado que edifique a futuras generaciones. En esto radica la verdadera trascendencia: que la visión que Dios nos dio siga viva más allá de nuestra propia existencia.

Los ejemplos bíblicos de Noé y Abraham son testimonios elocuentes de esta verdad. Noé no solo edificó un arca; edificó una plataforma para que la humanidad sobreviviera al juicio. Su obediencia puntual se convirtió en la semilla de un nuevo comienzo. De igual modo, Abraham creyó contra toda esperanza, y esa fe se convirtió en la raíz de una nación y en la antesala de la bendición para todas las familias de la tierra. Ambos entendieron que el propósito no se mide por lo inmediato, sino por lo eterno.

Nuestra generación necesita recuperar esa perspectiva. Vivimos en un mundo que idolatra lo instantáneo: la gratificación inmediata, el éxito rápido, los resultados al instante. Pero el propósito no se cumple en la prisa del mercado, sino en la paciencia del sembrador.

Cumplir el propósito exige aprender a esperar en Dios, pero también a actuar en el momento preciso. Demorar la obediencia es desobediencia disfrazada; adelantarla por ansiedad es incredulidad. Solo cuando caminamos al ritmo del Espíritu podemos cumplir con fidelidad la obra encomendada.

Recuerdo que en un módulo de la EGE (Escuela de Gobierno Espiritual) enseñé sobre la teoría de la gratificación instantánea. Esta se refiere a la tendencia humana de buscar recompensas y placer de forma inmediata, ignorando los beneficios de esperar por una recompensa mayor en el futuro.

El psicólogo Walter Mischel popularizó este concepto a través del famoso experimento de las golosinas, o prueba del malvavisco, donde demostró, mediante niños pequeños, las diferentes elecciones. Estos debían elegir entre comer una golosina al momento o esperar un tiempo sin tocarlas para luego obtener dos por dicha obediencia. Su investigación demostró que la capacidad de los niños para postergar la gratificación se relacionaba con un mejor autocontrol, mayores logros académicos y un mejor ajuste socioemocional en el futuro.

La teoría contrapone la gratificación instantánea, o satisfacción de un deseo al momento, con la gratificación diferida, que consiste en posponer la recompensa inmediata para obtener una mayor en el futuro. La primera busca lo inmediato, lo fácil, lo ligero, pero la segunda entiende la administración perseverante, sostenida y sabia, para alcanzar una recompensa mayor.

Es por esta administración sostenida y con propósito que cité a Noé, porque él no edificó el arca en unos pocos días, sino en algo más de cien años. Sin embargo, su administración del tiempo fue extraordinaria, porque su obra fue majestuosa. La precariedad de las herramientas y la limitada mano de obra hicieron que esta obra tan trascendente se convirtiera también en un monumento al propósito y a la buena gestión.

Aquí conviene reflexionar sobre la diferencia entre gastar, invertir y sembrar el tiempo. Gastar tiempo es como derramar agua en tierra seca: se desvanece sin producir nada. Invertir tiempo puede darnos una ganancia temporal: estudiar, trabajar, relacionarnos de manera provechosa. Pero sembrar el tiempo significa ponerlo en la tierra del Reino de Dios, donde la cosecha no depende de nosotros, sino de la fidelidad divina. Cada oración elevada, cada acto de obediencia, cada gesto de servicio es tiempo sembrado que producirá fruto eterno.

No hay vida más estéril que la de quien gasta el tiempo en lo pasajero. Y no hay vida más fecunda que la de quien

siembra su tiempo en lo eterno. El tiempo gastado se pierde, el tiempo invertido regresa con beneficios humanos, pero el tiempo sembrado trasciende generaciones. Esa es la economía del Reino: lo que damos en el altar nunca se pierde, sino que se transforma en fruto que glorifica al Padre.

Cuando comprendemos la seriedad del tiempo en relación con el propósito, surge en nosotros un llamado inevitable a la sabiduría. No se trata de obsesionarse con el reloj ni de vivir con ansiedad por el paso de los años, sino de adquirir una mirada espiritual que valore cada día como un don irrepetible.

El sabio sabe que el tiempo es demasiado valioso como para dilapidarlo en lo trivial. El necio, en cambio, confunde ocupación con propósito, placer con plenitud, rutina con misión. La verdadera sabiduría consiste en discernir qué cosas merecen nuestro tiempo y cuáles deben ser dejadas atrás. Esto no es sencillo, porque nuestra naturaleza caída tiende a distraerse y a buscar escapes en lo superficial. Pero el Espíritu Santo, cuando gobierna nuestro corazón, nos enseña a elegir lo mejor sobre lo bueno, lo eterno sobre lo pasajero, lo divino sobre lo humano.

Vivir con propósito nos libra de la trampa del conformismo. Una vida sin propósito se contenta con sobrevivir, pero una vida con propósito busca trascender. Aquí radica la diferencia entre quienes dejan una marca y quienes pasan inadvertidos en la historia. No todos seremos recordados por multitudes, pero sí podemos ser recordados

por haber sido fieles al llamado que Dios nos dio. La grandeza de la vida no se mide por la fama alcanzada, sino por la fidelidad en lo pequeño y en lo grande.

Por eso, la pregunta que todo creyente debe hacerse es: ¿estoy usando mi tiempo como gasto, como inversión o como siembra? El que gasta su tiempo vive en la insensatez; el que invierte su tiempo quizá alcance logros temporales; pero el que siembra su tiempo cosechará en la eternidad. Cada decisión que tomamos, a qué dedicamos nuestras horas, cómo ordenamos nuestras prioridades, qué conversaciones cultivamos, es en realidad una siembra. Y no olvidemos que ***“todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”*** (Gálatas 6:7).

La exhortación, entonces, es clara: no debemos matar el tiempo; más bien debemos sembrarlo. No debemos malgastarlo en lo que no edifica, sino invertirlo en lo que nutre nuestro espíritu y sembrarlo en lo que exalta a Cristo y bendice a otros. Un creyente que aprende a sembrar su tiempo vive ligero de culpas y rico en frutos, porque sabe que cada instante, aunque pequeño, puede convertirse en eternidad cuando es ofrecido a Dios.

Esto nos lleva a una conclusión crucial: el propósito de Dios es la clave de nuestra realización. No hay realización humana verdadera fuera de ese plan eterno. Se puede tener éxito en los términos del mundo y aun así vivir vacío. Se puede alcanzar reconocimiento social y, sin embargo, llegar

al final de la vida con la amarga sensación de haber corrido en la dirección equivocada.

El único camino a la realización plena es abrazar el propósito que el Creador estableció para nosotros desde antes de nacer. Jeremías oyó esa voz que le decía: *“Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué”* (Jeremías 1:5). Lo mismo ocurre con nosotros: fuimos concebidos en el corazón de Dios antes de existir en el vientre de nuestra madre.

En consecuencia, no podemos darnos el lujo de vivir de manera improvisada. Somos mayordomos de un tiempo limitado y de un propósito eterno. Nacimos para cumplir una misión, y nuestra riqueza se mide no por lo que poseemos, sino por cuán fieles somos a esa misión. La vida sin propósito es un suicidio lento; la vida con propósito es una siembra abundante que produce fruto aun después de nuestra partida.

Imaginemos por un momento lo que ocurriría si cada creyente, cada familia, cada iglesia, comenzara a vivir con esta conciencia: que el tiempo no nos pertenece, sino que es un recurso divino para glorificar al Señor. Nuestras agendas se transformarían, nuestras prioridades se redefinirían, nuestras relaciones se purificarían. El Reino de Dios avanzaría con mayor poder, no porque hiciéramos más cosas, sino porque estaríamos haciendo las cosas correctas en el tiempo correcto.

El desafío es grande, pero la gracia de Dios es mayor. No estamos solos en la administración de nuestro tiempo; el Espíritu Santo nos guía a toda verdad, nos muestra el camino y nos capacita para vivir con sabiduría. Él nos recuerda, día a día, que: *“El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, Que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más”* (Salmo 103:15 y 16). Esa conciencia no debe producirnos temor, sino urgencia: urgencia de obedecer, de amar, de servir, de sembrar.

La voz de Dios resuena hoy como resonó en tiempos antiguos, porque los tiempos están en Sus manos (**Salmo 31:15**). El tiempo pertenece al Señor, y el mayor privilegio que tenemos es rendirle cada segundo como una ofrenda de gratitud y obediencia. Cuando así lo hacemos, nuestra vida se convierte en un testimonio vivo de propósito, una carta abierta que proclama que no hemos corrido en vano.

Al final del camino, no se nos preguntará cuántos años vivimos, sino qué hicimos con los años que se nos confiaron. No se nos pedirá cuántos proyectos comenzamos, sino cuántos propósitos cumplimos. Y no se nos medirá por la cantidad de sueños personales alcanzados, sino por cuánto del sueño eterno de Dios se cumplió a través de nosotros.

Por tanto, redimamos el tiempo. No lo matemos inútilmente, no lo desperdiciemos, no posterguemos lo que debemos hacer cada día. Redimamos el tiempo sembrándolo en lo eterno, obedeciendo hoy lo que el Espíritu nos pide.

Redimamos el tiempo viviendo cada día con la certeza de que fuimos creados para un propósito glorioso. Porque si nuestra vida se convierte en una semilla plantada en el campo de Dios, nuestro fruto permanecerá para siempre.

“El Señor cumplirá en mí su propósito. Tu gran amor, Señor, perdura para siempre; ¡no abandones la obra de tus manos!”

Salmo 138:8 (NVI)



Capítulo cuatro

ADMINISTRACIÓN DEL TIEMPO

*“Hazme saber, Jehová, mi fin,
Y cuánta sea la medida de mis días;
Sepa yo cuán frágil soy...
He aquí, diste a mis días término corto,
Y mi edad es como nada delante de ti;
Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive.
Ciertamente como una sombra es el hombre;
Ciertamente en vano se afana;
Amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá.
Y ahora, Señor, ¿qué esperaré?
Mi esperanza está en ti”*
Salmo 39:4 al 7

El tiempo es un regalo divino que, paradójicamente, solo descubrimos su valor cuando lo hemos perdido. Ningún otro recurso en la vida humana es tan frágil y a la vez tan determinante como el tiempo. Podemos recuperar fuerzas, reconstruir bienes, restaurar relaciones, pero nunca podremos volver atrás un minuto ya vivido.

Por eso, cuando la Escritura abre un capítulo nuevo en la historia de Israel y establece un calendario a partir de la liberación de Egipto, lo que está ocurriendo no es simplemente un ajuste cronológico, sino un acto de redención del tiempo. Dios estaba enseñando a Su pueblo que la vida no se mide por los años transcurridos en esclavitud, sino por los días vividos en libertad bajo Su propósito eterno.

El mandato de **Éxodo 12:2** es profundamente revelador: *“Este mes os será principio de los meses; para vosotros será éste el primero en los meses del año”*. El Señor estaba instituyendo un nuevo comienzo. Israel había pasado más de cuatrocientos años en Egipto: años de opresión, sufrimiento y trabajos forzados, años que parecían interminables.

Desde la perspectiva humana, esos siglos podían haber sido considerados como parte de su historia, pero desde la perspectiva divina eran tiempo sin verdadero valor. Dios no los contabiliza como vida plena, porque eran años vividos bajo el yugo de la esclavitud. Solo el día en que la sangre del cordero fue derramada y el pueblo salió bajo la mano poderosa de Dios comenzó a contarse el verdadero tiempo de Israel.

Esta enseñanza tiene un eco profundo en nuestra vida espiritual. El Señor no considera como parte de nuestro verdadero caminar con Él aquellos años en los que vivimos bajo el dominio del pecado. La vida verdadera y con

propósito comienza el día que somos redimidos por la sangre del Cordero, “Jesucristo”.

A partir de ese momento, el tiempo adquiere un valor eterno, porque cada día se convierte en una oportunidad para glorificar a Dios y avanzar en Su propósito. Así como Israel comenzó a contar sus días desde la Pascua, nosotros debemos comenzar a contar nuestros días a partir de nuestra redención. Lógicamente, todos hemos hecho cosas antes de conocer al Señor, pero esas cosas estuvieron vinculadas a nuestros planes, no a Su propósito, y esto último es lo más importante.

“Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero solo el propósito del Señor se cumplirá.”

Proverbios 19:21 (RVA-15)

Israel no comprendió plenamente este principio. Aunque salieron físicamente de Egipto, el Egipto interior permaneció en sus corazones. Dios les dio un nuevo tiempo, pero ellos lo desperdiciaron con incredulidad, murmuración y rebeldía. Tan cerca estaban de la tierra prometida que pudieron verla, pero una generación entera murió en el desierto. Cuarenta años se esfumaron dando vueltas en círculos, gastando energías en quejas y desobediencia, en lugar de avanzar con fe hacia la promesa.

Aquí encontramos una advertencia solemne: es posible haber recibido de Dios un nuevo tiempo y, sin embargo, malgastarlo. El reloj espiritual comienza con la redención,

pero la administración del tiempo depende de nuestra fe, nuestra actitud y nuestra obediencia.

Una generación entera de hebreos tuvo la oportunidad de entrar en la tierra de Canaán, pero la falta de fe los detuvo. El tiempo que debía ser invertido en conquistar fue dilapidado en murmurar. El tiempo que debía ser consagrado a la obediencia se perdió en la desconfianza hacia las promesas divinas. La Escritura lo resume con una claridad que nos sacude:

“Y Jehová dijo: De cierto, ninguno de los varones que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, verá la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá.”

Números 14:22 y 23

Aquellos hombres vieron milagros, presenciaron maravillas y recibieron el don de un tiempo nuevo, pero lo malgastaron en incredulidad. Nosotros debemos preguntarnos: ¿cómo estamos administrando el tiempo que Dios nos ha dado desde nuestra redención? ¿Estamos avanzando hacia la tierra de las promesas o estamos repitiendo círculos interminables de quejas, excusas y falta de fe? No se trata de cuánto tiempo hemos vivido, sino de cómo lo hemos vivido. La verdadera medida de nuestra existencia no está en los años, sino en la obediencia a Dios.

Administrar el tiempo, en la perspectiva bíblica, es más que organizar horarios o planificar actividades. Es comprender que cada día es un terreno de fe, una oportunidad de obedecer y de crecer en disciplina espiritual. Fe y actitud son las primeras llaves de la buena administración del tiempo. No se puede redimir lo que no se cree, ni se puede aprovechar lo que no se valora. Israel tuvo el privilegio de estar a pasos de Canaán, pero su actitud negativa los privó de disfrutar la plenitud de ese tiempo nuevo.

De la misma manera, nosotros podemos estar tan cerca de las promesas de Dios y, sin embargo, perderlas por una mala actitud. Una vida de quejas, comparaciones y dudas consume nuestras energías, nos envejece antes de tiempo y nos hace improductivos en el Reino. En cambio, una actitud de fe nos impulsa hacia adelante, nos llena de esperanza y nos hace aprovechar cada instante como un don sagrado.

Si en la primera etapa de la administración del tiempo nos encontramos con la fe y la actitud como fundamentos, en la segunda etapa descubrimos que esas virtudes deben encarnarse en disciplina y diligencia. La fe nos da visión, pero la disciplina nos da dirección. La actitud nos inspira, pero la diligencia nos impulsa. Un creyente que desea redimir el tiempo no puede vivir en la improvisación ni en el descuido, sino que debe aprender a ordenar su vida conforme al propósito divino.

Recordemos nuevamente la exhortación del apóstol Pablo a los efesios respecto de la administración del tiempo:

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos” (Efesios 5:15 y 16). El término griego para “aprovechar” es “*exagorazó*”, que significa literalmente “redimir, rescatar, comprar de nuevo”. Es decir, cada día es como una oportunidad que se escapa del mercado del tiempo, y solo aquellos que son diligentes pueden adquirirla. Los que son perezosos, distraídos o desordenados dejan que las oportunidades pasen de largo.

La diligencia, en este sentido, es la virtud que convierte los minutos en fruto. El perezoso puede tener las mismas veinticuatro horas que el diligente, pero los resultados serán radicalmente distintos. El libro de Proverbios lo señala con crudeza: ***“La mano de los diligentes señoreará; más la negligencia será tributaria” (Proverbios 12:24).*** Administrar bien el tiempo es decidir ser diligente, es decir, invertir las energías en aquello que produce fruto para la gloria de Dios.

Sin embargo, la diligencia no puede sostenerse sin disciplina. La disciplina es el arte de establecer límites y prioridades. Dios mismo, en la creación, nos dio un ejemplo perfecto de disciplina y orden. La obra creadora no fue un caos de acciones al azar, sino un proceso progresivo en el cual cada día se edificaba sobre el anterior. El Señor, que no necesita horarios ni planificación, nos enseñó que la vida adquiere belleza y plenitud cuando está marcada por el orden.

Israel, en el desierto, aprendió a vivir bajo una estricta disciplina divina: el maná debía recogerse cada día, excepto en el sexto, cuando se recogía el doble para descansar en el séptimo. Quien intentaba guardar más de lo indicado hallaba el maná podrido. Dios estaba enseñando que la administración del tiempo exige obediencia al ritmo que Él establece. Cada día tenía un propósito; cada momento estaba sujeto a una instrucción. Así, la disciplina del cielo formaba en ellos un sentido de dependencia y fidelidad.

Hoy, en nuestra vida cotidiana, necesitamos recuperar esa misma conciencia. No todo lo que ocupa nuestro tiempo tiene el mismo valor, ni todo lo urgente es verdaderamente importante. La administración del tiempo requiere establecer prioridades. El orden de prioridades es el secreto de una vida fructífera. Cuando el Reino ocupa el primer lugar, el resto encuentra su sitio correcto.

Muchas veces desperdiciamos el tiempo porque vivimos en desorden interior. La agenda se llena de actividades que parecen necesarias, pero que en realidad no edifican. Se multiplican los compromisos, pero no se multiplican los frutos. El desorden produce desgaste, confusión y frustración. En cambio, cuando el creyente aprende a ordenar su vida en torno a lo esencial, descubre la libertad de vivir con propósito.

Aquí encontramos otro principio ineludible: “el orden espiritual antecede al orden práctico”. Un corazón sin devoción es un corazón desordenado, aunque la agenda esté

perfectamente planificada. Por eso, la verdadera disciplina comienza con la comunión con Dios. La oración, la meditación en la Palabra y la obediencia diaria forman la base sobre la cual se organiza todo lo demás. Quien empieza el día en la presencia del Señor ya ha establecido la prioridad correcta; el resto de las actividades se acomodarán bajo esa dirección divina.

La administración del tiempo, entonces, no es solo una cuestión de productividad humana, sino de obediencia espiritual. No se trata de hacer más cosas en menos tiempo, sino de hacer las cosas correctas en el tiempo de Dios. Una vida diligente y disciplinada no es necesariamente una vida agitada, sino una vida enfocada.

Hay quienes corren de un lado a otro, siempre ocupados, pero nunca fructíferos; y hay quienes, con serenidad y firmeza, avanzan paso a paso cumpliendo con fidelidad lo que Dios les encomendó. Los primeros gastan tiempo; los segundos lo redimen.

Redimir el tiempo no es un concepto abstracto; es una llamada a acción que debe transformar la vida diaria del creyente. La fe, la actitud, la disciplina y la diligencia encuentran su expresión concreta en decisiones prácticas, en hábitos conscientes y en un corazón que busca priorizar lo eterno sobre lo temporal. Cada minuto cuenta, y cada día es un terreno fértil donde podemos sembrar obediencia o desperdiciar oportunidades.

Para comenzar a aplicar estos principios, primero debemos identificar los “Egiptos” de nuestra vida. Así como Israel estuvo cautivo en Egipto, muchas veces nuestras rutinas están dominadas por hábitos, preocupaciones, entretenimiento o relaciones que nos mantienen en una especie de esclavitud moderna.

El primer paso para redimir el tiempo es reconocer estas ataduras y declarar la libertad en Cristo. Debemos preguntarnos: ¿qué es lo que nos roba horas que podrían invertirse en cultivar nuestra comunión con Dios, en servir a otros o en avanzar hacia metas espirituales vinculadas al propósito divino?

Luego, debemos establecer prioridades claras. Jesús nos enseñó que el Reino de Dios debe ser lo primero, y esto no es negociable. Ordenar la vida implica decir “no” a lo secundario y “sí” a lo esencial. Implica definir qué actividades realmente edifican y cuáles solo ocupan espacio en el reloj sin producir fruto. No se trata de una agenda rígida, sino de un corazón alineado con la voluntad divina, capaz de discernir lo que merece tiempo y atención.

La diligencia se pone en práctica a través de hábitos diarios. La disciplina se construye en la constancia, no en la intensidad esporádica. Levantarse temprano para orar o encontrar el momento para hacerlo con enfoque es clave. Estudiar la Palabra o meditar en ella todos los días, planificar la jornada con intención, cumplir con los compromisos y revisar al final del día si nuestras acciones se alinean con

nuestras prioridades son formas concretas de administrar bien el tiempo. Cada acción diaria puede convertirse en un acto de redención si se realiza con propósito y fe.

Otro aspecto vital es la actitud frente a las circunstancias. La generación incrédula en el desierto perdió años por murmurar y quejarse. En contraste, una actitud de gratitud y esperanza permite aprovechar cada día, aun en medio de desafíos. La fe no elimina el desierto, pero nos enseña a caminar en él con los ojos puestos en la promesa. Redimir el tiempo no significa evitar dificultades, sino utilizarlas como herramientas para crecer y fortalecer la confianza en Dios.

El ejemplo de Josué y Caleb nos recuerda que una visión clara y un corazón obediente son esenciales. Ellos vieron la tierra prometida, creyeron en la promesa y actuaron con diligencia, pero la incredulidad del resto hizo que su conquista se retrasara.

Sin embargo, no dejaron que el miedo ni la incredulidad robaran su tiempo de manera absoluta. Cada día sostuvieron con fe la idea de poseer la tierra, de manera que prepararon a la nueva generación, planificaron la conquista y, llegada la nueva oportunidad, avanzaron con fe. De esta manera, no solo redimieron su tiempo, sino que transformaron el destino de toda la nación.

Aplicar estos principios hoy nos permite vivir con propósito y eficacia espiritual. Redimir el tiempo implica:

saber priorizar lo que Dios valora sobre lo que el mundo exige; ser disciplinados en hábitos espirituales y prácticos que edifican; ejercer diligencia en cada acción, transformando minutos en fruto; y mantener una actitud de fe que no se deja dominar por la queja ni por la distracción.

Finalmente, hay un llamado profundo para cada creyente: no postergar la vida que Dios ha destinado. El tiempo es limitado y no volverá. Cada jornada es un regalo que puede ser invertido en lo que trasciende la eternidad. Así como Dios le dio a Israel un calendario nuevo desde la liberación, Él nos ofrece hoy un nuevo tiempo para empezar de nuevo, para vivir con intención y para glorificarlo en cada momento.

El reto es personal y diario: redimir el tiempo requiere decisión, disciplina y un corazón dispuesto a seguir la guía divina. No se trata de vivir más rápido, sino de vivir mejor; no de hacer más cosas, sino de hacer lo correcto. Quien entiende esto comienza a ver sus días transformados. El tiempo deja de ser un enemigo que se escapa y se convierte en un aliado poderoso para edificar la vida, impactar a otros y avanzar hacia la tierra de promesas que Dios ha preparado.

Así, cada creyente que decide caminar bajo estos principios entra en una nueva dimensión espiritual: un tiempo redimido, donde cada hora, cada decisión y cada acción tiene propósito, valor y eternidad. El tiempo ya no se mide solo por relojes y calendarios, sino por la fidelidad, la obediencia y la fe que producimos día a día. La invitación es clara: comienza

hoy, redime cada momento y permite que Dios transforme tu tiempo en un legado eterno para Su gloria.

“No desperdices el tiempo porque es la sustancia de que está hecha la vida”.

Benjamín Franklin



Capítulo cinco

TIEMPOS DE ESPERA TIEMPOS DE ACCIÓN

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar; tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar; tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar; tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar; tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.”

Eclesiastés 3:1 al 8

El tiempo humano y el tiempo divino no siempre coinciden. Vivimos apresurados, midiendo cada instante como si el tic-tac del reloj fuera la medida definitiva de nuestra vida. Queremos resultados inmediatos, soluciones rápidas y logros visibles que nos otorguen seguridad y

validación. Nos inquieta lo que no llega a tiempo, lo que se retrasa, lo que escapa a nuestro control. Sin embargo, Dios no se mueve según la urgencia humana; su reloj no funciona al compás de nuestra ansiedad ni se acelera por nuestras súplicas impacientes.

Dios obra con precisión, desde la eternidad, y su tiempo es perfecto, pleno y soberano. Aprender a discernir los tiempos divinos es quizás una de las lecciones más difíciles, pero también de las más liberadoras de nuestra existencia. Nos invita a esperar con fidelidad, a reconocer cuándo debemos actuar y cuándo permanecer en quietud.

Cada instante que vivimos es un lienzo en blanco sobre el cual podemos escribir con sabiduría o con negligencia, con obediencia o con precipitación. Aprender a discernir entre el tiempo de espera y el tiempo de acción no es solo una cuestión práctica, sino una exigencia espiritual profunda, un arte de vida que nos conecta con la voluntad de Dios.

Esperar puede parecer fácil, pero no lo es. Exige paciencia, fe y autocontrol. Implica reconocer que no todo depende de nuestras fuerzas, que no todas las circunstancias están bajo nuestro control y que Dios obra según un cronograma que muchas veces excede nuestra comprensión.

La impaciencia nos impulsa a adelantarnos a los planes divinos, a usar métodos humanos para obtener resultados que solo Dios puede cumplir plenamente. En este sentido, la prisa se convierte en una trampa: nos ciega, nos genera ansiedad y

nos hace tropezar en caminos que no han sido ordenados por Dios.

La Biblia nos muestra con claridad que actuar sin esperar la dirección divina tiene consecuencias. Abraham, aunque llamado siendo anciano respondió a Dios efectivamente, pero cometió el error de tener un hijo con Agar, la esclava egipcia, por no esperar el tiempo de que su esposa quedara embarazada según lo prometido por Dios. Este hijo le generó problemas a él y a toda su descendencia, incluso hasta nuestros días.

Jacob, por su parte, como nieto y heredero de la bendición, vivió experiencias muy intensas. En su deseo de recibir la bendición prometida, se precipitó y manipuló situaciones para lograr lo que aún no le correspondía. Su impaciencia le generó conflictos familiares, engaños y luchas internas que marcaron toda su vida.

Su ejemplo nos recuerda que la prisa, aunque motivada por la fe o por el deseo de cumplir la promesa de Dios, sin la espera necesaria puede distorsionar el propósito divino. De hecho, su apresuramiento no hizo más que retrasar las cosas para él.

Por otra parte, la espera excesiva también puede ser perjudicial. Hay momentos en que Dios nos llama a actuar, y permanecer inactivos por temor o indecisión, puede generar que desaprovechemos oportunidades que podrían transformar nuestra vida y la de otros. Cada momento de

nuestra existencia tiene un valor eterno, y el tiempo que se nos concede no es neutral: cada hora que pasa es una oportunidad para servir, amar, crecer y avanzar en el Reino de Dios. Saber discernir cuándo esperar y cuándo actuar requiere sensibilidad espiritual, entendimiento bíblico y un corazón sometido a la guía del Espíritu Santo.

La espera, cuando es guiada por Dios, se convierte en un tiempo de preparación activa. No es un tiempo de inactividad pasiva, sino de entrenamiento espiritual. Es un periodo en el que se forja el carácter, se afina la fe y se fortalecen las habilidades necesarias para el cumplimiento de la promesa.

La impaciencia y la precipitación no son solo errores humanos: son señales de una mente entenebrecida, que no confía plenamente en la soberanía de Dios. En contraste, la paciencia activa es un acto de fe: es creer que Dios está trabajando detrás de escena, aun cuando no veamos resultados inmediatos. Esta paciencia no nos paraliza; nos impulsa a actuar en el plano de lo posible mientras confiamos en que lo imposible será obra del Señor.

El tiempo, entendido desde la perspectiva divina, posee un ritmo perfecto. Hay estaciones para sembrar, cosechar, llorar y regocijarse. La sabiduría consiste en discernir estas estaciones y obedecerlas. Cuando actuamos fuera del tiempo de Dios, nuestros esfuerzos se vuelven estériles. Cuando esperamos pasivamente, podemos perder bendiciones que estaban a nuestro alcance. La armonía entre

esperar y actuar es un arte que requiere sensibilidad espiritual, humildad y discernimiento.

Además, aprender a esperar nos enseña a depender de Dios. Nos libera del ego que quiere controlar todo y nos introduce en la confianza plena en la providencia divina. Nos forma para ver más allá de las apariencias, para comprender que los retrasos divinos no son rechazos, sino oportunidades para perfeccionarnos, madurar y prepararnos para aquello que solo Dios puede cumplir.

Debemos comprender que la espera y la acción no son opuestas, sino complementarias. La espera nos prepara; la acción nos realiza. La paciencia nos enseña; la obediencia nos demuestra. La espera sin acción es inútil; la acción sin espera puede ser peligrosa. Por eso, el corazón del creyente debe estar entrenado para reconocer los tiempos de Dios, para esperar con propósito y actuar con discernimiento.

Solo así podemos redimir nuestro tiempo: aprovechando cada momento conforme a la voluntad divina, evitando la precipitación que destruye y la inercia que desperdicia, y viviendo cada día en armonía con el plan eterno de nuestro Señor.

Mientras recorremos la historia sagrada, los relatos de aquellos que esperaron pacientemente y actuaron con sabiduría nos enseñan que el tiempo de Dios tiene un ritmo propio, distinto al nuestro.

Por ejemplo, José, desde su juventud, fue marcado por sueños que le revelaban un destino grande y glorioso, pero aquel futuro no dependía de su habilidad ni de su impulso; dependía de la perfecta disposición de Dios.

Sus propios hermanos, cegados por los celos, lo vendieron como esclavo, y en lugar de recibir inmediatamente la promesa, José fue a parar a la casa de Potifar y enfrentó las injusticias de su esposa. Por esa causa, tuvo que afrontar años de cárcel y soledad. Sin embargo, en cada circunstancia, José decidió mantenerse íntegro y fiel, trabajando con excelencia y obedeciendo a Dios incluso cuando nadie lo veía ni podía recompensarlo.

La Escritura dice: *“Y Jehová estaba con José, y fue varón próspero; y estaba en la casa de su amo el egipcio”* (**Génesis 39:2**). Este acompañamiento divino no se manifestó eliminando sus pruebas, sino fortaleciéndolo para cada etapa de su preparación. Cada prueba fue una lección de humildad, paciencia y diligencia, hasta que llegó el tiempo señalado por Dios.

Al final, interpretó los sueños del faraón y fue elevado a un lugar de influencia que permitió salvar a toda una nación y reconciliar a su propia familia (**Génesis 41:39 al 43**). La vida de José nos muestra que la espera activa consiste en cultivar la fidelidad y la excelencia en lo cotidiano, confiando en que Dios cumplirá sus promesas en su tiempo perfecto, transformando cada desafío en un instrumento de madurez espiritual y preparación para la misión.

Por su parte, David fue ungido por Dios siendo apenas un joven pastor, sin experiencia para el trono, pero con un corazón conforme al Señor (**1 Samuel 16:12 y 13**). Durante años vivió perseguido por Saúl, enfrentando amenazas, traiciones y momentos de desolación. Podría haber cedido a la tentación de tomar el trono con sus propias fuerzas, porque había una palabra profética que lo respaldaba, pero comprendió que la impaciencia no puede sustituir la fidelidad ni la espera en Dios.

Mientras huía, David no permaneció inactivo; se fortaleció, se entrenó como guerrero, cultivó la prudencia y profundizó su relación con Dios. Aprendió a discernir el tiempo de actuar y a actuar con justicia, incluso cuando tuvo la oportunidad de vengarse de Saúl, optando siempre por confiar en la justicia divina (**1 Samuel 24:6; 26:11**).

Su vida nos enseña que la espera no es simplemente aguardar el momento, sino prepararse internamente, crecer en discernimiento y madurar en carácter. La Escritura nos recuerda que Jehová mira el corazón, y David entendió que su reinado debía nacer de un corazón conforme a Dios y no de la presión de las circunstancias.

Al llegar el tiempo de su coronación, David ya estaba formado para gobernar con sabiduría y cumplir los designios de Dios con fidelidad, mostrando que la paciencia activa es inseparable de la preparación espiritual. Tal vez por eso un día escribió:

“Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me sacó del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos...”

Salmo 40:1 y 2

Otro gran ejemplo es Daniel, quien fue llevado como joven cautivo a Babilonia, enfrentando un mundo hostil, lejos de su tierra, de su cultura y de su fe. Allí, en medio de palacios y leyes que contradecían la voluntad de Dios, Daniel decidió mantenerse firme, absteniéndose de contaminaciones que podían corromper su cuerpo y su espíritu (**Daniel 1:8-16**).

Estudió, interpretó sueños, aconsejó a reyes y sostuvo su integridad incluso ante amenazas de muerte. Su espera fue prolongada, extendiéndose por décadas, pero nunca fue pasiva. Sabía que la paciencia no consiste en quedarse inmóvil, sino en crecer, aprender y actuar con discernimiento mientras se aguarda el cumplimiento de las promesas divinas (**Daniel 9:2**).

La vida de Daniel nos enseña que la fidelidad, aun en circunstancias adversas, es una forma de acción activa que prepara para el impacto y la influencia en el tiempo que Dios ha señalado. Cada interpretación de sueños, cada consejo prudente y cada acto de obediencia fueron semillas que fructificarían en el cumplimiento del plan divino, demostrando que la espera no disminuye nuestra

responsabilidad, sino que la intensifica y la dirige hacia la eternidad.

Otro de los tantos ejemplos que podemos encontrar en la Biblia es Simeón, el anciano que vivió toda su vida en oración y vigilancia, aguardando la promesa de Dios, quien le había dicho que no moriría sin ver al Mesías. Su espera no fue pasiva ni superficial; fue constante, llena de esperanza, devoción y comunión con el Espíritu Santo.

Durante años, Simeón vivió atento, reconociendo la fidelidad de Dios incluso cuando no veía la manifestación inmediata de la promesa. Finalmente, llegó el día señalado por Dios y pudo sostener en sus brazos al Salvador, exclamando: ***“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”*** (Lucas 2:29 y 30).

La espera de Simeón nos enseña que la fidelidad sostenida y la devoción constante producen gozo y plenitud. La paciencia activa, cuando se combina con esperanza y vigilancia espiritual, nos prepara para recibir lo que solo Dios puede dar, en el tiempo perfecto que Él ha dispuesto.

Estos relatos nos muestran que la espera y la acción no son opuestos, sino complementarios. José nos enseña que la fidelidad cotidiana en la espera produce madurez y preparación. David nos recuerda que la espera forma carácter y liderazgo conforme al corazón de Dios. Daniel nos muestra que la fidelidad prolongada, incluso en medio de la

adversidad, es una forma de acción que prepara para grandes propósitos. Simeón nos ilustra que la paciencia sostenida con esperanza nos permite reconocer y recibir las promesas divinas.

Cada uno de ellos vivió en un tiempo señalado por Dios, aprendiendo que apresurarse puede traer errores y que retrasarse sin acción puede desperdiciar oportunidades. Así, al mirar sus vidas, comprendemos que el tiempo de Dios es preciso y perfecto. La espera activa implica oración, fidelidad, estudio, disciplina y vigilancia. La acción oportuna requiere discernimiento, obediencia y sabiduría.

Redimir nuestro tiempo significa aprender a vivir en armonía con estos principios: esperar cuando Dios nos llama a esperar, actuar cuando nos llama a actuar y, en todo momento, mantener un corazón alineado con la voluntad divina. La paciencia activa no es resignación ni inactividad; es un camino de preparación, madurez y fe que nos conduce a cumplir con fidelidad cada propósito que Dios ha establecido para nosotros, transformando nuestras pruebas en preparación y nuestras esperas en bendición.

La vida del creyente transcurre entre momentos de espera y momentos de acción, y aprender a discernir cuál corresponde en cada situación es un arte espiritual que se cultiva con oración, reflexión y obediencia. No todo en nuestra vida debe ser apresuramiento, ni toda demora es fruto de la indecisión; existe un tiempo para cada propósito bajo el cielo, y comprender esta verdad nos permite vivir con

equilibrio, confianza y efectividad. La espera y la acción son dos caras de la misma moneda: una prepara, la otra realiza, y juntas conforman el tejido de nuestra vida conforme al plan divino.

Esperar no significa quedarse inmóvil, como si el tiempo pasara sin dejar efecto. Esperar es, en primer lugar, reconocer la soberanía de Dios y aceptar que no todo depende de nuestras fuerzas ni de nuestra comprensión. Significa mantener el corazón firme, la fe activa y la obediencia constante en cada circunstancia.

Cada día de espera puede convertirse en un terreno fértil para cultivar virtudes esenciales como la paciencia, la humildad, la disciplina, la perseverancia y una confianza profunda en la fidelidad de Dios. La espera activa transforma el carácter, enseña a discernir y fortalece la capacidad de actuar cuando llegue el momento.

Actuar en el tiempo correcto también requiere discernimiento. Muchas veces, el peligro no está en la acción en sí, sino en la precipitación: hacer antes de que Dios lo disponga puede traer errores, conflictos y consecuencias que podrían haberse evitado. Por ello, discernir el momento exacto es un ejercicio de sensibilidad espiritual. Implica escuchar la voz de Dios, estudiar la Palabra y permitir que el Espíritu Santo guíe nuestras decisiones. La acción correcta no se mide por la rapidez con que ocurre, sino por la fidelidad con que se realiza conforme al propósito divino.

Redimir el tiempo, entonces, es aprender a vivir con conciencia de cada instante, aprovechando las oportunidades que Dios nos concede y evitando tanto la prisa que nubla el juicio, como la inactividad que desperdicia bendiciones. Implica preguntarnos constantemente: ¿Estamos actuando porque Dios nos está llamando a hacerlo, o estamos actuando simplemente por impulsos del alma? ¿Estamos esperando con fidelidad o lo estamos haciendo por miedo o indecisión? Las respuestas a estas preguntas nos ayudan a vivir en armonía con los tiempos de Dios y a no perder ni un solo momento en vano.

La paciencia activa también nos enseña a mantener la esperanza viva incluso en medio de la adversidad. Como vimos en las vidas de José, David, Daniel y Simeón, la fidelidad sostenida durante el tiempo de espera produce frutos que a veces tardan años en manifestarse, pero cuya influencia es eterna.

La espera prepara para la acción, y la acción fiel valida la espera. Ignorar este principio puede llevar a frustración, ansiedad y decisiones precipitadas que desvían del plan divino. Por ello, cultivar un corazón sensible, obediente y atento a la guía de Dios es fundamental para discernir correctamente los tiempos.

En la práctica, redimir el tiempo significa estructurar nuestra vida de manera que cada día tenga propósito. Significa trabajar con excelencia en las responsabilidades presentes. Cada acto de obediencia, cada decisión tomada

con discernimiento, cada momento de espera con paciencia activa es una semilla que Dios hará fructificar en el tiempo señalado.

Además, debemos reconocer que la espera y la acción no se producen en un vacío espiritual. Están profundamente conectadas con nuestra comunión con Dios, con nuestra vida de oración, con nuestra sensibilidad al Espíritu Santo y con la disposición del corazón a someterse a Su voluntad.

La acción sin obediencia es solo actividad humana; la espera sin preparación es pérdida de tiempo. Solo cuando combinamos ambos elementos podemos vivir plenamente redimiendo nuestro tiempo y cumpliendo la voluntad de Dios con eficacia y gozo.

Finalmente, discernir los tiempos de espera y de acción nos permite vivir con paz y confianza, liberados de la ansiedad que surge de la prisa o de la frustración que acompaña la inactividad. Comprendemos que cada momento tiene propósito, que cada prueba tiene enseñanza y que cada oportunidad exige fidelidad.

Aprender a esperar con paciencia activa y a actuar con discernimiento no solo nos permite redimir nuestro tiempo, sino que nos transforma espiritualmente, nos prepara para cumplir con nuestras responsabilidades y nos coloca en posición de recibir las bendiciones que Dios ha dispuesto para cada etapa de nuestra vida.

Redimir el tiempo, en última instancia, es un acto de obediencia y de fe. Es reconocer que la vida es breve y que cada instante es un don que Dios nos ha confiado para glorificarlo, servir a otros y avanzar en el cumplimiento de Su propósito.

Es aprender a vivir entre la espera y la acción, entre la fidelidad y la obediencia, sabiendo que Dios, en su perfecto tiempo, hará que todo concuerde y fructifique según su voluntad. Vivir así no solo nos permite aprovechar cada día, sino que nos enseña a vivir con corazón agradecido, con visión espiritual y con la certeza de que nuestra fidelidad en el tiempo de espera y nuestra acción oportuna serán recompensadas y honradas por el Señor.

***“¿Por qué te abates, oh alma mía,
Y te turbas dentro de mí?
Espera en Dios; porque aún he de alabarle,
Salvación mía y Dios mío.”***

Salmo 42:5



Capítulo seis

ROMPIENDO LA CULTURA DE LA PRISA Y EL AFÁN

“Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido.”

Juan 7:6 al 8

Vivimos en una generación marcada por la urgencia. La cultura moderna ha edificado sus estructuras sobre la premisa de la inmediatez: todo debe ser rápido, todo debe ser inmediato, todo debe estar disponible al instante. La tecnología, las redes, los sistemas de comunicación y hasta las relaciones humanas están atravesados por el vértigo de lo instantáneo.

Se mide el valor de una persona no por la profundidad de su carácter, sino por la velocidad de su respuesta y la cantidad de tareas que puede llevar adelante de manera

simultánea. De hecho, está de moda vivir complicados con los tiempos personales. Sin embargo, en este ritmo vertiginoso se esconde un enemigo del alma: “la prisa”.

La prisa no es lo mismo que la diligencia. Ser diligentes es bíblico, pues la Escritura nos llama a la buena administración (**Efesios 5:16**). Pero la prisa es otra cosa: es la ansiedad del alma que quiere forzar el tiempo, manipular los procesos y adelantar lo que aún no está maduro. Es el apresuramiento que rompe la comunión, ahoga la fe y deforma la espiritualidad. La prisa es, en esencia, un sustituto carnal del descanso que proviene de confiar en el Dios soberano.

Jesús mismo nos mostró que la vida del Reino tiene un ritmo diferente. Mientras la cultura celebra lo inmediato, el Evangelio nos invita a caminar en el tiempo de Dios, ese tiempo que no está medido por relojes, sino por propósitos eternos. Como enseñé en el primer capítulo, la Escritura distingue entre “chronos”, que es el tiempo humano, medible y lineal, y “kairos”, que es el tiempo oportuno de Dios.

Redimir el tiempo, entonces, no significa hacer más cosas en menos horas, sino aprender a discernir el tiempo de Dios para las acciones, en medio del tiempo que todos medimos por medio del reloj. Es ordenar la vida desde la perspectiva del Reino y no desde las presiones y exigencias del sistema.

La cultura de la prisa ha producido generaciones agotadas, superficiales, incapaces de contemplar, escuchar y esperar. Se ha normalizado el vivir distraídos, corriendo detrás de una agenda que nunca se termina, acumulando ocupaciones pero perdiendo lo esencial.

Los hogares sufren, los matrimonios se resquebrajan, los hijos crecen sin padres presentes, y los discípulos de Cristo se ven tentados a medir su espiritualidad por la cantidad de actividades religiosas, en lugar de por la profundidad de su comunión con Dios. De hecho, muchos ministerios ejercen ese tipo de presión sobre su gente, nada más que para captar servidores.

La Palabra de Dios nos llama, en contraste, a una vida sencilla y enfocada. Pablo le dice a Timoteo: ***“Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado”*** (2 Timoteo 2:4). La sencillez no significa pobreza espiritual ni pasividad, sino la capacidad de priorizar lo eterno por encima de lo accesorio, aun cuando cumplamos con excelencia toda tarea personal. La vida sencilla es la que ha discernido que el tesoro verdadero no se encuentra en la acumulación de experiencias, bienes o reconocimientos, sino en vivir cada día en fidelidad al Señor.

Tal como vimos, Jesús nos enseñó que no se puede servir a dos señores (**Mateo 6:24**). Y podríamos decir, adaptando sus palabras, que no se puede servir al Reino de Dios y al dios de la prisa al mismo tiempo. La prisa exige

sacrificios constantes: la salud, la familia, la intimidad con Dios. El Reino, en cambio, ofrece descanso para el alma: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). Redimir el tiempo, por tanto, implica romper con esta cultura frenética y aprender a vivir en la quietud del Espíritu, sin perder efectividad pero librándonos de la ansiedad. Jesús dijo:

“Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.”

Mateo 6:34

Este es el desafío al que todos los hijos de Dios somos llamados: resistir espiritualmente al espíritu de la prisa. Resistir no es huir del mundo ni encerrarse en una burbuja, sino establecer una contracultura en la que lo central sea la comunión con el Padre y no la presión del sistema.

Una vida sencilla y enfocada es, en realidad, una forma de guerra espiritual, porque contradice la lógica del enemigo que quiere tenernos ocupados pero vacíos. No olvidemos que uno de los mayores triunfos de Satanás no es que pequemos abiertamente, sino que vivamos distraídos.

Es tiempo de volver a la fuente. El cristiano no está llamado a producir más fuera de tiempo, sino a permanecer en la voluntad de Dios. La productividad del Reino no se mide en actividades, sino en frutos; y el fruto solo puede nacer de la permanencia en Cristo:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Juan 15:5

El contraste entre el ritmo del Reino y el ritmo del mundo es profundo y radical. El mundo nos empuja hacia adelante con una velocidad que muchas veces ni siquiera comprendemos; la cultura de la productividad constante nos convence de que valemos por lo que hacemos, no por lo que somos en Cristo. El Reino, en cambio, nos invita a detenernos, a discernir, a descansar y a vivir desde una identidad ya recibida, no por un rendimiento que debemos alcanzar.

Jesús lo expresó claramente en el Sermón del Monte: ***“No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (Mateo 6:31, 33). Obsérvese el verbo: ***“buscad primeramente”***. No se trata de correr desesperados, sino de ordenar la vida conforme a las prioridades divinas. El Reino tiene un ritmo distinto, un compás que se mide no por relojes, sino por la fidelidad al Padre.

El ritmo del mundo nos lleva a la ansiedad; el ritmo del Reino nos conduce a la paz. El mundo nos exige acelerar; el Reino nos enseña a esperar. El mundo nos grita que no hay tiempo; el Reino nos recuerda que en Dios todo llega en su momento justo. En la prisa, la vida se nos escapa como arena

entre los dedos; en el reposo del Reino, cada día se convierte en una oportunidad para glorificar al Padre.

Jesús mismo encarnó este ritmo diferente. Su vida es el mejor ejemplo de cómo se redime el tiempo no por la cantidad de años vividos, sino por la calidad de la obediencia. Pensemos en esto: el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, vivió treinta años en anonimato antes de iniciar su ministerio público.

Treinta años en una aldea pequeña, trabajando como carpintero, sin realizar milagros registrados, sin predicar sermones a multitudes, sin tener un “impacto visible” según los parámetros humanos. ¿No hubiera sido más lógico, desde nuestra perspectiva apresurada, que comenzara su ministerio a los doce años, cuando ya discutía con los maestros en el templo? (**Lucas 2:46 y 47**). Sin embargo, Jesús esperó.

Esa espera no fue pasividad, sino obediencia. Fue la maduración del tiempo de Dios. La prisa habría querido que Jesús comenzara antes; el Reino lo sostuvo hasta la hora señalada por el Padre. En palabras de Pablo: ***“Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley”*** (**Gálatas 4:4**). El cumplimiento del tiempo no lo decide la necesidad del mundo, sino la voluntad soberana del Padre.

Y cuando finalmente comenzó, su ministerio público duró apenas tres años. Solo tres años, y en ese breve lapso redimió la historia de la humanidad entera. No fue la

extensión de su agenda lo que transformó el mundo, sino la intensidad de su obediencia. Cada palabra, cada milagro, cada encuentro estaba en el tiempo correcto.

Nunca leemos en los Evangelios que Jesús haya corrido. Sí leemos, en cambio, que caminaba, que se detenía, que escuchaba, que miraba con atención. Vivía ocupado, sí, pero nunca ansioso. Siempre disponible al Padre, siempre atento a las personas. Él no hacía todo, no tocaba a todo el mundo, ni sanaba a todos los enfermos, ni resucitaba a todos los muertos. De hecho, cuando fue al estanque de Betesda, estaba lleno de enfermos, pero Él solo sanó a uno.

En varias ocasiones, los discípulos intentaron apresurarlo o dirigirlo según sus propios criterios, pero Jesús se mantuvo firme en el ritmo del Reino. Cuando sus hermanos lo presionaron para que se mostrara públicamente en Jerusalén, Él respondió: ***“Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto” (Juan 7:6).***

Cuando le pidieron que visitara a Lázaro, que estaba muy enfermo, Él dijo que no, sabiendo que debía esperar cuatro días antes de ir al cementerio y no a su lecho. Estas situaciones dejan en claro que Jesús tenía una idea muy especial del tiempo. Los hombres siempre se mueven por urgencias; Él se movía por el tiempo del Padre.

El secreto de este equilibrio estaba en sus prioridades. Jesús nunca negoció el espacio de la oración y de la Palabra. Marcos relata que ***“levantándose muy de mañana, siendo***

aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). No era una disciplina ocasional, sino la fuente de todo su ministerio. Su agenda no se organizaba en base a las demandas de la multitud, sino a la voz del Padre. Allí está la clave para redimir el tiempo: no se trata de tener más horas al día, sino de comenzar el día escuchando la dirección de Dios.

La prisa nos roba la vida de oración; la oración nos libra de la prisa. Cuando un creyente dobla sus rodillas y abre la Palabra, el tiempo deja de ser un tirano para convertirse en un siervo. Se ordena la jornada, se clarifica lo esencial, se distinguen las voces que confunden. Por eso, quien vive en oración no se deja arrastrar por la ansiedad de la cultura. Puede trabajar intensamente, pero lo hace en reposo. Puede tener múltiples responsabilidades, pero sin perder la paz. Puede estar ocupado, pero nunca desesperado.

El ejemplo de Jesús nos muestra que redimir el tiempo no es abarcar más, sino vivir en el centro de la voluntad del Padre. Tres años bastaron para cambiar la historia porque fueron tres años absolutamente entregados a la misión. El Reino no se mide por cantidad, sino por eternidad. Lo que se hace en la hora de Dios permanece para siempre; lo que se hace en la prisa humana se desvanece como humo.

Nosotros deberíamos preguntarnos: ¿qué ritmo gobierna nuestra vida hoy? ¿El de la cultura que exige productividad constante, o el del Reino que llama al descanso y a la obediencia? Debemos preguntarnos si nuestra agenda

está marcada por la ansiedad de no llegar a todo, o por la serenidad de escuchar cada mañana la voz del Padre. Tal vez el Espíritu Santo nos esté invitando a romper con la cultura de la prisa, a volver a lo sencillo, a confiar en que, cuando caminamos al ritmo del Reino, no perdemos tiempo, sino que lo podemos redimir.

Si observamos con atención los Evangelios, descubrimos que Jesús nunca vivió en función de las presiones externas, sino de la voz interna del Espíritu Santo. Nunca fue esclavo de la urgencia de las multitudes, aunque siempre respondió con compasión. Nunca corrió detrás de las agendas humanas, aunque siempre estuvo disponible para los necesitados, pero sabía cuándo debía retirarse de un lugar. Su vida nos enseña que la verdadera efectividad no nace de la prisa, sino de la obediencia.

El mundo mide la eficacia por resultados inmediatos; el Reino mide la fidelidad por la permanencia en Cristo. A los ojos de la cultura, treinta años en Nazaret parecen desperdiciados; a los ojos del Padre, fueron parte del plan eterno. A los ojos del mundo, tres años de ministerio parecen insuficientes; a los ojos del Reino, fueron absolutamente suficientes para redimir a la humanidad.

Así, Jesús nos muestra que el tiempo no debe ser un tirano, sino un instrumento. El tiempo no gobierna sobre el Hijo de Dios; el Hijo de Dios gobierna en el tiempo de su Padre. Por eso, en Jesús, cada milagro ocurrió en el momento justo, cada palabra llegó al corazón preciso, cada encuentro

tuvo la carga exacta de eternidad. Desde la espera de su nacimiento hasta la consumación en la cruz, todo sucedió.

Este principio también se aplica a nuestras vidas. Muchas veces, la ansiedad nos lleva a creer que estamos atrasados, que no llegamos, que perdemos oportunidades. Pero en el Reino nada se pierde cuando caminamos en obediencia.

Aunque parezca que todo se demora, aunque la sociedad nos grite que debemos apresurarnos, Dios sigue siendo Señor del tiempo. Los retrasos humanos nunca interrumpen los planes eternos. El secreto está en confiar, en descansar, y en discernir cuál es el “kairos” de Dios para nosotros.

La cultura de la prisa no solo roba la paz, también roba la profundidad. Nos empuja a vivir en la superficie, a consumir en lugar de contemplar, a producir en lugar de permanecer. Pero el llamado de Cristo es distinto: ***“El que oye estas palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca” (Mateo 7:24)***. La edificación sobre la roca requiere tiempo, paciencia, espera y perseverancia. No es un proyecto apresurado, sino una obra sólida y duradera.

Es aquí donde la oración y la Palabra ocupan un lugar central. Si Jesús, siendo el Hijo de Dios, no comenzó nada sin orar, ¿cómo podremos nosotros, débiles y frágiles, pretender redimir el tiempo sin acudir a la presencia del

Padre? La oración es el taller donde el Espíritu Santo ordena nuestra agenda. Es allí donde aprendemos a diferenciar lo urgente de lo importante, lo accesorio de lo eterno. Es allí donde el tiempo deja de correr frenéticamente y comienza a fluir en armonía con la voluntad de Dios.

No me refiero a oraciones que son monólogos, sino a oraciones que saben escuchar más de lo que hablan. Esto es algo que podemos practicar de manera permanente porque Su presencia nos habita. Sin embargo, hay momentos de quietud y silencio que todos debemos tener en Su presencia. Recuerden que siempre es mejor escuchar y pedir conforme a Su voluntad, que hacer clamores caprichosos.

Quizás algunos han comenzado a leer este libro justamente porque han estado acosados por la prisa de la vida. Quizás algunos sienten que corren todo el día, pero nunca llegan a nada; que están ocupados en muchas cosas, pero descuidan lo esencial. Quizá sienten el alma fatigada porque han medido el valor por la productividad y no por la comunión con Cristo. Si es así, el Espíritu de Dios los invita hoy a detenerse, a volver al reposo del espíritu, a redimir el tiempo no con más actividad, sino con más permanencia en la presencia del Señor.

Aprendamos de Jesús, que en apenas tres años de ministerio cumplió Su obra de redención eterna. Eso nos recuerda que no necesitamos una vida interminable para dejar huella, sino una vida obediente en los tiempos de Dios. No importa cuántos días tengamos, sino cuántos de esos días son

vividos en la voluntad de Dios. La prisa nos hará perder años enteros en actividades sin fruto, pero el Reino nos permite vivir pocos años con fruto eterno.

El llamado, entonces, es a romper con la cultura de la prisa. Romper significa resistir, discernir y elegir otro camino. Significa decir “no” a la ansiedad y “sí” a la paz del Espíritu. Significa ordenar la vida en torno a la oración y a la Palabra. Significa vivir de manera sencilla y enfocada, sabiendo que todo tiene su tiempo, y que todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

No debemos dejar que el vértigo del mundo nos arrastre. No debemos sacrificar lo eterno en el altar de lo urgente. No debemos confundir actividad con efectividad, ni prisa con propósito. Debemos recordar que si permanecemos en Él, aunque nuestros días sean limitados, nuestro tiempo será redimido y nuestra vida sembrada en la eternidad.

“Acepten el yugo que les pongo, y aprendan de mí, que soy paciente y de corazón humilde; así encontrarán descanso.”

Mateo 11:29 DHH



Capítulo siete

EL RELOJ ETERNO DEL REINO

“Desde la antigüedad tú fundaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces; y todos ellos como una vestidura se desgastarán, como vestido los mudarás, y serán cambiados. Pero tú eres el mismo, y tus años no tendrán fin.”

Salmos 102:25 al 27

En este capítulo les propongo sumergirnos en el entendimiento de lo que realmente significa la eternidad en el Reino. Por supuesto, no escribí estas páginas para exponer una simple curiosidad; lo hice porque creo que la eternidad es una de esas cosas que Pablo dice que el Señor ha preparado para los que le aman (**1 Corintios 2:9**).

Una de las primeras enseñanzas que recibimos en la Iglesia es que en Cristo recibimos la vida eterna. Pero, ¿qué significa realmente una vida eterna? ¿Qué es exactamente la eternidad? La eternidad es un misterio porque considero que

es mucho más profunda de lo que cualquiera podría definir en una simple frase.

Cuando pensamos en un misterio, nos viene a la mente algo oculto, secreto o difícil de entender. En este sentido, para muchos, la eternidad no alcanza ese rango, porque la consideran simplemente como el tiempo sin fin. ¿Pero realmente eso es la eternidad? Hay muchos misterios contenidos en la Biblia y no tengo dudas de que la eternidad es uno de los más maravillosos.

La eternidad desafía la imaginación y la comprensión de todos nosotros. Sabemos que no es un objeto ni un lugar determinado. Más bien, la asociamos con el tiempo, pero asumimos que no tiene principio ni fin. Esto podría complicarlo todo. Aun así, cuando leemos que Dios mismo es Eterno, debemos preguntarnos: ¿qué significa exactamente que Dios es el Eterno?

Si la eternidad se define como tiempo sin fin, tal como algunos la plantean, ¿Significa eso que nuestro Dios ha vivido mucho tiempo o que vivirá mucho tiempo? En realidad, Él es llamado en hebreo “El Olam”, que significa para siempre, perpetuo o Dios Eterno. Esto implica que Él existe *“Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo...”* (Salmo 90:2).

No dudamos de que Él existía antes de todos los tiempos y de toda Su creación. Es más, la sustenta, la supervisa y la gobierna desde siempre y para siempre. Esto

es trascendente para comprender la eternidad. En ocasiones, la gente piensa que el Dios Eterno es completamente independiente o distante de cualquier acontecimiento o de las acciones humanas. Pero comprender esto nos permite ver cómo todos Sus atributos revelan Su esencia eterna.

Por otra parte, la Biblia menciona la existencia eterna de Dios en términos que podrían parecer que la duración temporal es inexistente. Sin embargo, las expresiones escritas para seres tan necesitados de simplicidad como nosotros pueden adaptarse a las limitaciones de nuestro idioma, para que podamos entender de manera básica y suficiente algunos misterios de Dios.

Entre teólogos eminentes existen considerables desacuerdos sobre la relación entre Dios y el tiempo. Algunos argumentan que Dios trasciende el tiempo en todo el transcurso de su existencia. Tales pensadores afirman que, desde el punto de vista de la eternidad, todos los espacios temporales son reales y accesibles para Dios en relación causal. Es decir, Dios existe atemporalmente, pero puede actuar temporalmente.

Otros sostienen que Dios es atemporal, pero que existe temporalmente para relacionarse con Su creación. Sin embargo, esta postura parece inconsistente con la doctrina de la omnisciencia, pues Dios solo tendría acceso a lo que pudiera conocer en sus intervenciones temporales.

A simple vista, la eternidad divina podría parecer un concepto sencillo, pero considerando que su estudio atraviesa la teología, la exégesis bíblica, la física teórica y la filosofía, es mucho más complejo de lo que podríamos explicar en una conferencia o en un capítulo de libro. Las limitaciones de nuestro idioma hacen casi imposible explicar con claridad la eternidad de Dios. Pero la verdad es que creo de manera absoluta en la revelación, por lo que apelo a que se nos revele la eternidad más allá de la razón que procura ordenarlo todo.

Estoy seguro de que la luz de Dios y la gracia maravillosa de Su Espíritu nos abrirán pequeños portales de revelación para comprender un poco más esta dimensión llamada eternidad. Por ahora, solo podemos concluir que Dios, como el Eterno, no habita en el tiempo, sino que el tiempo habita en Él; por lo tanto, Él no se mueve en el tiempo, sino que el tiempo se mueve en Él. Ese es el motivo por el cual podemos decir que Él es omnisciente, omnipresente y todopoderoso.

Pero, ¿qué es la eternidad en sí misma según las definiciones intelectuales? Según el diccionario de la Real Academia Española (DRAE), la eternidad es perpetuidad sin principio, sin sucesión ni fin. Y el Diccionario de los Hispanos (DH) dice que la eternidad es el estado de existir fuera del tiempo.

Según Wikipedia, el concepto de eternidad, del latín “*aeternitas*”, está relacionado con el de inmortalidad. Popularmente se refiere, unas veces, a una duración infinita

y sin límites, y otras, a una existencia sin tiempo o fuera del tiempo. En otras palabras, al buscar una definición plana de la palabra “eternidad”, encontramos una firme contradicción irresuelta.

La pregunta sería: ¿no cuestionaríamos dos libros de ciencia si ambos definieran algo determinado en estados totalmente opuestos? Por ejemplo, ¿no cuestionaríamos las enseñanzas de esos libros si uno definiera al pez como un ser vertebrado que vive en el agua, mientras que otro libro enseñara que el pez vive en ámbitos donde el agua no existe? ¿No llegaríamos de inmediato a la conclusión de que uno de los dos está equivocado? ¿No pensaríamos, o trataríamos de indagar en otras fuentes para desechar el libro equivocado?

Entonces, ¿cómo puede ser que la definición de eternidad esté vinculada con el tiempo y, al mismo tiempo, excluida de él? Tal vez el mayor obstáculo que encontramos con este tema es que nuestra mente es finita y nuestra dimensión de vida biológica también lo es. Por tal motivo, tratamos de dar un sentido comprensible a lo que nos excede grandemente.

Sin embargo, Salomón dijo que el Señor ha puesto eternidad en nuestros corazones (**Eclesiastés 3:11**), y yo creo que si logramos observar todo desde esa dimensión que ya poseemos, llegaremos a comprender con mayor plenitud lo que significa la eternidad según Dios. Una cosa es la mente tratando de comprender la eternidad y otra muy diferente un corazón que la contiene.

Todos mencionan el tiempo para definir la eternidad, y Salomón dice que el tiempo es un elemento fácilmente entendible para nosotros, porque nuestra mente logra razonar con claridad todo lo que fue dado debajo del sol. En otras palabras, solo podemos medir las cosas desde nuestras limitadas capacidades humanas, y eso es lo que utilizamos.

La eternidad, por su parte, dice Salomón, puede ser detectada y entendida no con la mente, sino con el corazón. Esto, considero yo, nada tiene que ver con la razón, sino con la revelación; y eso, justamente, es lo que debemos anhelar los hijos de la Luz.

La eternidad de Dios es precisamente eternidad porque no tiene una medida de tiempo; debemos asumirlo. La eternidad es una dimensión, es un medio de vida, es un ámbito en donde justamente el tiempo puede habitar, pero no definir.

Agustín de Hipona, conocido también como San Agustín, vivió al norte de África y desarrolló su tarea como teólogo y escritor cristiano. Fue considerado el máximo pensador del cristianismo del primer milenio y apodado también “Doctor de la Gracia”. Él dijo respecto de la eternidad: *“El tiempo existe solo dentro del universo creado, de manera que Dios existirá fuera del tiempo, ya que para Dios no existe pasado ni futuro, sino únicamente un eterno presente...”*

Entonces, para nosotros, la eternidad debe ser una idea contraria a la racionalidad y a la experiencia. Las Escrituras nos aseguran que Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos; pero esto es tal vez una expresión sencilla que busca nuestro entendimiento racional. Es lo mismo que decirnos, bajo la limitación del lenguaje humano, que Dios es por siempre. En realidad, la idea no es que Dios durará mucho, sino que Dios es Eterno; y eso implica revelación, no racionalidad.

La eternidad es lo contrario a lo que experimentamos en nuestras vidas físicas, y por tal motivo, si nos quedamos en la razón, perderemos la revelación. Sin embargo, en esta vida que tenemos en Cristo, la eternidad acunada en nuestro corazón debe volverse una realidad espiritual que podamos disfrutar y comprender hoy, porque eso nos permitirá ser mejores administradores de nuestro limitado tiempo físico. Debemos comprender que no entramos a la eternidad el día de nuestra muerte, sino el día en que Dios nos escogió desde Su eternidad.

“Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.”

Jeremías 31:3

Cuando comenzamos a madurar en nuestra vida espiritual, entendemos que recibir la vida eterna no fue un suceso aislado, sino un proceso desde la eternidad misma. Por ejemplo, el apóstol Pablo relató en más de una ocasión

su encuentro con el Señor camino a Damasco (**Hechos 9:1 al 19; 22:6 al 16; 26:12 al 18**).

Sin duda, ese día fue trascendente para la vida de Saulo y dejó claro que hubo un antes y un después de ese suceso. Sin embargo, con el paso del tiempo comprendió que ese día fue el resultado de un propósito anterior, por lo que escribió:

“Cuando Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar a su Hijo en mí...”
Gálatas 1:15

En este caso, Pablo comprendió que el suceso camino a Damasco fue el resultado de algo que ya había acontecido en la dimensión de la eternidad. De hecho, más adelante escribió algo aún más trascendente:

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él...”
Efesios 1:4

Con estas palabras, el apóstol entró en la revelación de la eternidad y comprendió su realidad más allá de su tiempo cronos. Se le reveló que lo que estaba viviendo era la vida eterna. Cuando Pablo entendió esto respecto del supuesto pasado, dejó de preocuparse por el supuesto futuro. Porque así es la vida eterna.

“Si vivo, quiero hacerlo para servir a Cristo, pero si muero, salgo ganando. En realidad, no sé qué es mejor, y me cuesta mucho trabajo elegir. En caso de seguir con vida, puedo serle útil a Dios aquí en la tierra; pero si muero, iré a reunirme con Jesucristo, lo cual es mil veces mejor...”

Filipenses 1:21 y 22

La revelación de la vida eterna que Pablo portaba le hizo declarar que su vida espiritual no comenzó camino a Damasco, ni desde el vientre de su madre, sino antes de la fundación del mundo. También le hizo comprender que no terminará cuando su corazón deje de latir, ni aun cuando le corten la cabeza, sino que seguirá absolutamente vivo y pleno más allá de lo que los demás pudieran considerar su muerte. Bajo ese entendimiento, escribió a Timoteo:

“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día...”

2 Timoteo 4:6 al 8

Está claro que Pablo no pensaba que su fin ocurriría en el instante del sacrificio. La revelación en su vida fue progresiva: comprendió que ya tenía la vida eterna; por lo tanto, no tenía un comienzo con su nacimiento, ni un final con su muerte. Era eterna; por tanto, siempre fue en Dios y siempre será en Dios.

“Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí...”

Gálatas 2:20 RVC

La vida en Cristo es gloriosa, porque nos introduce en la eternidad y dejamos de ser lo que creímos ser, para ser en Él eternamente. Esto nos saca del tiempo cronos y nos hace vivir en una dimensión sin principio ni fin, porque cuando Él fue, nosotros fuimos en Él. Eso es eternidad.

Lo maravilloso de esta revelación es que llegamos a comprender que siempre hemos estado en el corazón de Dios. Aun antes de nuestro nacimiento, ya éramos en Él. En esta eternidad, la sabiduría de Dios ha estado presente y oculta a los hombres, pero destinada para nuestra gloria (**1 Corintios 2:7**), para que podamos regocijarnos en Él.

La revelación de la eternidad nos saca de unos pocos y difíciles años, introduciéndonos a una vida trascendente sin principio ni fin. Esto es glorioso, y Pablo llegó a comprenderlo muy bien. Por eso, no se frustró con las adversidades que tuvo que enfrentar. No se frustró con la hostilidad de su entorno ni con sus limitaciones físicas. Él sabía que nada comenzaba allí, y que nada terminaba allí. Sin embargo, Pablo fue un excelente administrador de su tiempo, porque sus obras trascendieron eternamente.

Los cristianos de hoy estamos demasiado enfocados en lo perecedero y temporal, en lugar de concentrarnos en lo

eterno. Por eso, muchos carecen de gozo espiritual, porque solo la revelación de la eternidad nos puede llenar de un gozo producido por el ser y no por el poseer de esta vida. Pablo no creía ser lo que veía en el espejo; de hecho, escribió:

“Por tanto, no desmayamos; antes, aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas...”

2 Corintios 4:16 al 18

Que el Señor nos traiga revelación en este tiempo sobre lo que significa la eternidad. Y espero que, al comprender sus dimensiones, el mismo tiempo que pareciera contenernos sea desecho, para que seamos verdaderamente libres.

Sin dudas, el tiempo nos presiona y nos aprisiona. Es tirano, es cruel y parece limitado. Vivimos con la certeza de tener un terrible límite que no podemos romper. No podemos acumular tiempo ni ahorrarlo. Tampoco podemos ignorarlo, porque no sería sabio administrar mal semejante limitación.

Sin embargo, en la revelación de la eternidad, el tiempo deja de ser un problema. Lo seguimos respetando y administrando con sabiduría los días de nuestra carne, pero nada es igual, porque nada se termina en la vida eterna. Se

termina el cuerpo, porque el cuerpo es de muerte (**Romanos 7:24**), pero no se termina el verdadero ser en Cristo. Es por esto que el Reino nos permite redimir el tiempo desde su reloj eterno.

Si esta verdad no nos llena de gozo, nada lo hará. La iglesia se está perdiendo el disfrute de esta revelación y no alcanzará la verdadera libertad hasta vivir en la dimensión de la vida eterna.

“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?”

Juan 11:25 y 26



EPÍLOGO

“Porque tú eres el Dios de mi salvación Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; Enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, En ti he esperado todo el día”

Salmo 25:4 y 5

Al recorrer estas páginas, hemos comprendido que el tiempo no es un simple transcurrir de horas y días, sino un misterio sagrado en el que lo eterno toca lo temporal. Dios, en su sabiduría, nos concedió el don del tiempo como espacio para cumplir Su propósito, y nos llamó a vivirlo con una conciencia diferente a la del mundo. El mundo corre, gasta, se apresura y desgasta; pero el Reino de Dios nos enseña a caminar con un ritmo distinto: el ritmo del cielo, marcado por la obediencia, la fe y la esperanza.

Hemos entendido que vivimos en una época y en una sociedad muy especial, donde la globalización y el avance tecnológico nos han acelerado la vida de manera estrepitosa. Vivimos con prisas constantes, agobiados por la supuesta falta de tiempo. Todo lo queremos hacer rápido, todo lo queremos recibir rápido y queremos que todo resultado sea inmediato.

Comida rápida, transportes rápidos, comunicaciones rápidas: todo lo que supuestamente debería hacernos la vida

más cómoda nos está acelerando tanto que el tiempo parece pasar más rápidamente que hace unos años. Curiosamente, la gente desconfía de los procesos largos, incluso los rechaza. Todos buscan soluciones rápidas, créditos, éxitos, tratamientos y resultados inmediatos. Sin dudas, la urgencia se ha instalado en la forma de vivir de la sociedad actual.

Los avances tecnológicos, sobre todo en el campo de la comunicación, debieron hacer la vida más cómoda y mejor, sin embargo, no ha sido así. Se hacen más cosas en menos tiempo, pero aun así parecemos menos efectivos en el disfrute de la vida.

La sociedad está demasiado competitiva. Todos procuran llegar primero para que nadie les tome la delantera, pero al final nadie gana ante semejante vorágine. Esta lucha contra el tiempo está provocando estrés y graves problemas de salud.

Las personas demandan atención rápida para todo trámite, incluso para disfrutar de una comida en un restaurante. Cuando no son atendidos inmediatamente, se enojan y expresan: “Tardaron una eternidad en atendernos” o “Hace una eternidad que estoy esperando”. En realidad, puede que sean solo unos minutos, pero el gran apuro que vivimos enferma nuestra manera de pensar.

Esto no es inocente, porque la misma gente que llega a la iglesia es la que vive con prisa en la convivencia social. Esa impaciencia casi orgullosa es parte de la mentalidad y el

carácter de hoy. Los creyentes que vivimos en esta sociedad, somos parte de esa idiosincrasia cultural, y el problema surge cuando queremos desarrollar nuestra comunión espiritual con el Señor.

Muchos procuran experiencias exprés, cambios rápidos, restauraciones, liberaciones, sanidades y conversiones inmediatas, pero Dios no funciona así. Dios es Eterno y nunca está apurado. Para Él, un día es como mil años (**2 Pedro 3:8**), porque esa es la virtud de la eternidad: no es afectada por el tiempo. Somos nosotros quienes debemos elevarnos a Él, y no esperar ser comprendidos por Dios.

Vimos en cada capítulo la importancia de ser guiados por el Señor (**Romanos 8:14**), de esperar que Su Espíritu Santo nos conduzca a toda verdad y justicia, incluso revelándonos lo que ha de venir (**Juan 16:13**). El problema es que nadie parece dispuesto a esperar pacientemente una respuesta clara de Dios (**Salmos 40:1**).

Todos piden oración para conocer la voluntad de Dios para sus vidas, pero pocos están dispuestos a esperar en silencio a que Dios les hable claramente por Su Espíritu. Preguntan, indagan y buscan opiniones, pero al final hacen lo que les parece mejor, y lo hacen lo más rápido posible. Esa actitud termina retrasando todo y desviando a muchos hermanos de su propósito eterno.

Dios está dispuesto no solo a guiarnos en las dificultades, en momentos especiales o en tiempos de

perplejidad, sino que desea guiarnos en el curso de nuestra vida diaria. Debemos contar con su instrucción para seguir Su voluntad y caminar en Su senda, pero necesitamos paciencia para esperar que Su impresión sea clara en nuestro espíritu.

¿Y qué necesitamos para recibir esta guía? Una cosa fundamental: esperar instrucciones, esperar en Dios. ***“Ciertamente, ninguno de cuantos esperan en ti será confundido...”*** (Salmo 25:3). Si logramos cultivar la virtud de la paciente espera, seremos recompensados por el Dios eterno. Para lograrlo, es fundamental comprender la revelación de la eternidad, no como una cuestión de tiempo, sino como una dimensión de vida a la que podemos acceder.

Debemos ser conscientes de nuestra ignorancia respecto a Su perfecta voluntad para nuestras vidas. Tal vez comprendamos Su propósito para la humanidad y la creación en general, pero de manera personal siempre tenemos decisiones que tomar, y generalmente no tenemos idea de cuál sea Su voluntad perfecta para cada caso. Esto debe hacernos absolutamente dependientes y necesitados de Su dirección.

Saber esperar es la práctica de la verdadera fe en el Dios Eterno, reconociéndolo como la única fuente de sabiduría y dirección correcta. Siempre está dispuesto y deseoso de darnos todo lo que podamos necesitar para la consumación de Su propósito. Si tan solo pudiéramos ver Su amor y Su maravillosa gracia obrando en nosotros, este

esperar en Dios sería nuestro mayor gozo y el impulso para avanzar efectivamente en la vida, de tal manera que, en poco tiempo, podemos hacer lo que muchos no logran en varios años.

La impaciencia es orgullo, mientras que la paciencia y la espera son el resultado de la humildad. Por otra parte, no solo debemos saber esperar a que nos revele Su voluntad, sino también tener la humildad de ponerla por obra. Eso es comprender lo que significan las obras eternas y la buena administración del tiempo.

Nuestra comunión con Dios está gobernada por el hecho de que Su voluntad ha de ser hecha en nosotros y por nosotros, como lo es en el cielo (**Mateo 6:10**). El Señor ha prometido darnos a conocer Su voluntad por medio de Su Espíritu. Y nuestra posición ha de ser la de esperar Su consejo como la única guía de nuestros pensamientos y acciones.

Necesitamos más quietud en el alma para darnos cuenta de la presencia de Dios en nuestras vidas. Necesitamos más conciencia de nuestra ignorancia respecto a Sus planes. Necesitamos más fe en la certidumbre de que Dios tiene grandes y nuevas cosas para mostrarnos. Estos conceptos deben ser fundamentales en nuestra comunión con el Señor.

“Oh Señor, de mañana oirás mi voz; de mañana presentaré mi oración a ti, y con ansias esperaré.”

Salmo 5:3

Hemos visto también, que el tiempo es un regalo divino, una mayordomía que no puede desperdiciarse ni malgastarse. Cada día nos es confiado como una semilla que puede dar fruto eterno si se planta en el terreno correcto. Comprendimos también que nuestro paso por esta tierra es limitado, pero ese límite no es una pérdida, sino un llamado a la urgencia santa: “vivir con propósito”. Si nuestra vida termina y la visión que Dios nos dio muere con nosotros, habremos fracasado; pero si sabemos ordenar nuestros días y caminar en el “kairos” de Dios, nuestra existencia será un legado que trascenderá generaciones.

Aprendimos de la historia de Israel que administrar el tiempo es administrar la libertad. Una generación desperdició cuarenta años por su incredulidad, pero otra aprendió a conquistar entrando en la tierra prometida. El uso del tiempo determina el fruto de nuestra vida: podemos vivir dando vueltas en círculos o avanzar hacia el cumplimiento del destino que Dios ha trazado.

También descubrimos que redimir el tiempo no significa vivir corriendo, sino discernir entre los tiempos de esperar y los tiempos de actuar. José esperó fielmente y llegó al trono; Saúl no supo esperar y perdió su reinado. Simeón esperó con paciencia y vio con sus propios ojos al Mesías. En cada caso, el resultado dependió de cómo se administró la espera.

Finalmente, vimos en Cristo el modelo perfecto: vivió treinta años en aparente silencio y solo tres en ministerio

público, pero esos tres años bastaron para transformar la historia de la humanidad. No vivió con prisa, sino con propósito. Su vida ocupada nunca fue ansiosa, porque cada paso estaba en el tiempo correcto del Padre.

La cultura de la prisa quiere robarnos la vida en fragmentos de ansiedad, pero la vida sencilla y enfocada, centrada en la oración y la Palabra, nos devuelve el orden divino. Redimir el tiempo, entonces, no es solo una buena administración, sino un acto de resistencia espiritual contra un mundo que vive esclavo del reloj de abajo, mientras nosotros vivimos sujetos al reloj eterno del Reino. El apóstol Pablo nos ha exhortado una y otra vez:

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos.”

Efesios 5:15 y 16

Este ha sido el enfoque de este libro, y es la tarea de todo hijo de Dios: vivir cada día consciente de que el tiempo se redime cuando se invierte en aquello que tiene valor eterno. Que al final de nuestros días podamos decir, como el Maestro: ***“He acabado la obra que me diste que hiciese.”*** (Juan 17:4). Entonces el tiempo ya no será una carga, sino una ofrenda. No será un enemigo, sino un aliado. No será un límite, sino un puente hacia la eternidad.

Porque redimir el tiempo es, en última instancia, aprender a vivir en la plenitud del Reino, anticipando con

cada día el amanecer eterno en el que ya no habrá más limitaciones temporales, porque habitaremos para siempre en la eternidad de Dios.

“Pero el Señor los espera, para tener compasión de ustedes; él está ansioso por mostrarles su amor, porque el Señor es un Dios de justicia. ¡Dichosos todos los que esperan en ÉL!”

Isaías 30:18 (DHH)



Oración Final:

Padre eterno...

Tú que eres el Señor del tiempo y de la eternidad, hoy levantamos nuestra voz para agradecerte por el regalo de cada día que nos concedes. Reconocemos que el tiempo no nos pertenece, sino que nos ha sido confiado como un tesoro que debemos administrar con sabiduría...

Señor, perdónanos por los momentos en que hemos malgastado nuestras horas en cosas vanas, por haber corrido detrás de la prisa del mundo y no haber escuchado el ritmo eterno de tu Reino...

Te pedimos que nos enseñes a discernir entre el “kronos” y el “kairos”, y a vivir con la certeza de que cada instante puede ser usado para tu gloria...

Haznos hombres y mujeres que sepan esperar en Ti con paciencia, pero también actuar con valentía cuando llega el momento. Líbranos de la ansiedad que desgasta y de la pasividad que estanca. Que aprendamos de Cristo, nuestro Maestro, a vivir una vida sencilla, enfocada y llena de propósito...

Señor, ayúdanos a redimir el tiempo...

Que cada mañana la usemos para buscar Tu rostro,

Que cada día trabajemos en Tu obra,

Que cada noche podamos descansar sabiendo que hemos hecho Tu voluntad, y solo Tu voluntad...

Amén.

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

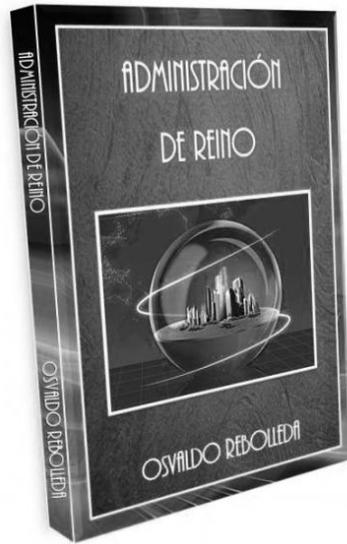
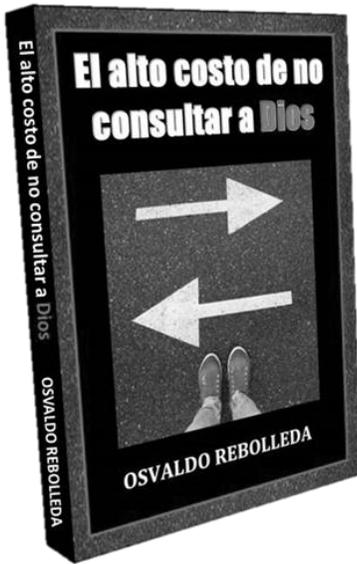
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

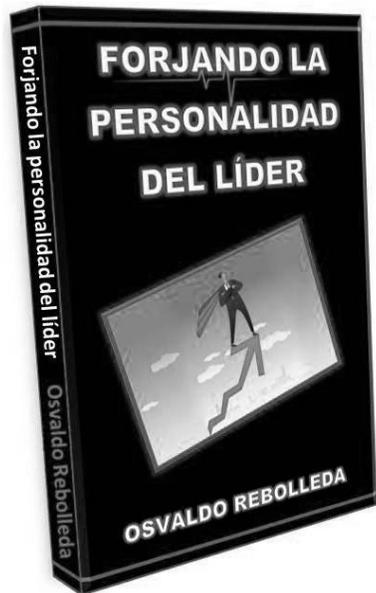
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



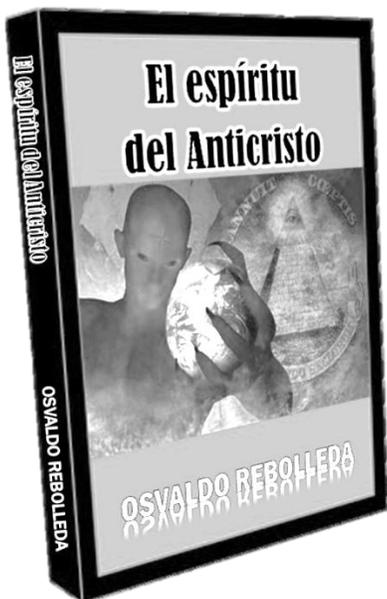
www.osvaldorebolleda.com



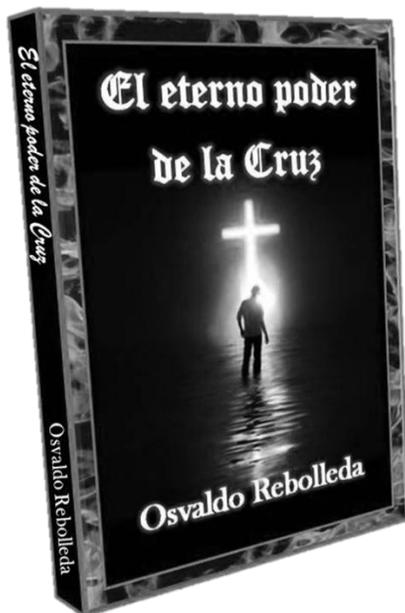
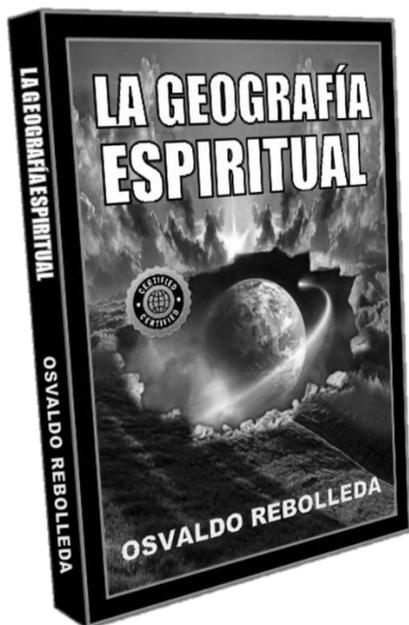


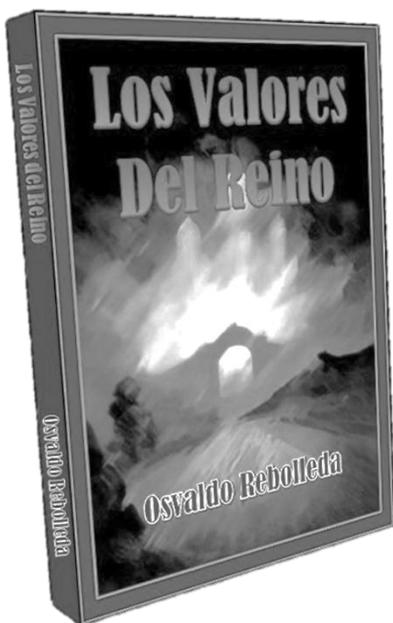
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

